

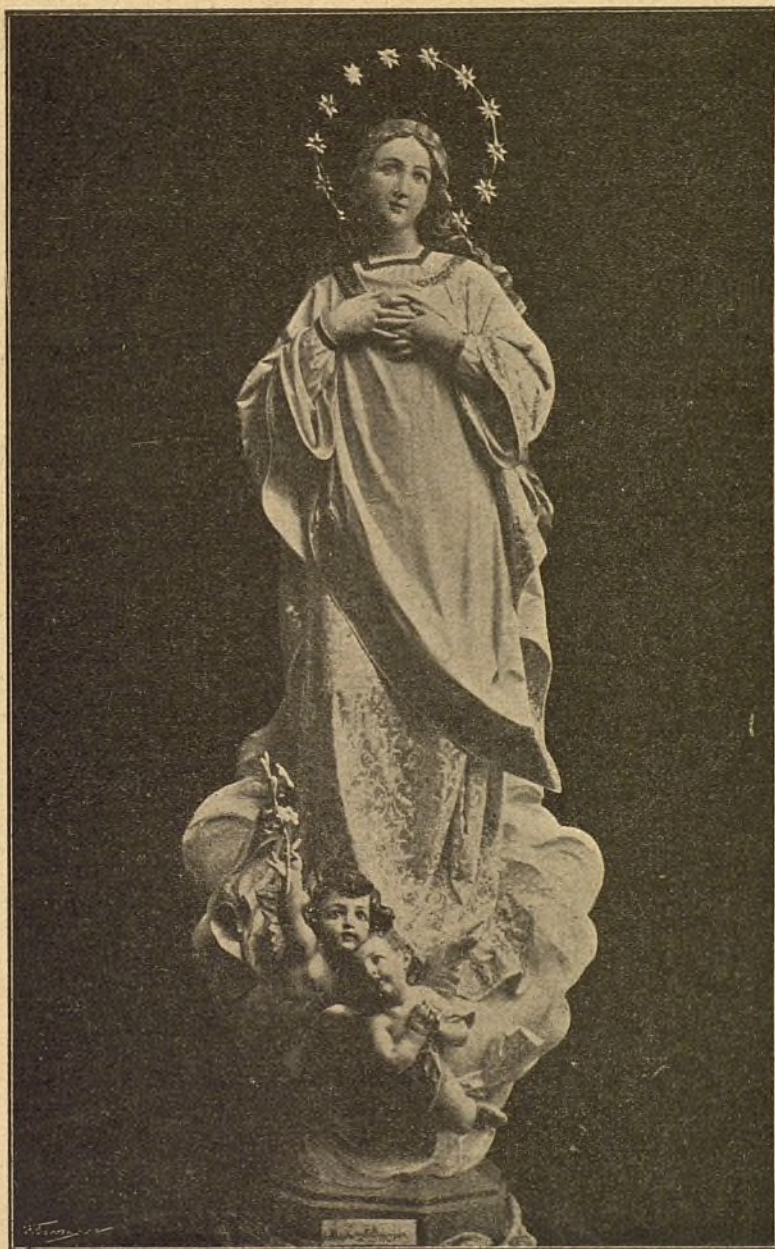
DONATIVO  
DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MADRID  
17-27

# LAS MISIONES CATÓLICAS

E. CANIBELL

Precios de subscripción	Se publica el 15 de cada mes	Advertencias
<p>ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.  EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.</p>	<p>Año VII. — Miércoles, 15 Noviembre 1899. — N.º 155</p>	<p>No se admite subscripción por menos de un semestre.  El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.</p>

✠ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ✠



MATER IMMACULATA: ORA PRO NOBIS



194

DICIEMBRE

1899





**Texto.**—CORRESPONDENCIA: Siria, Oceanía y Patagonia Septentrional.—EN TIERRA BOER, por el R. P. Marcelino Gidrol, oblato de María Inmaculada.—RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—VARIEDADES: El canto de un proscrito (poesía), Amistad verdadera, (poesía), por fray Jesús Delgado, Agustino, y La pareja, por César González.

**Grabados.**—MATER IMMACULATA: ORA PRO NOBIS.—SAN FRANCISCO JAVIER, APÓSTOL DE LAS INDIAS.—SAN JUAN DE LA CRUZ.—MAPA DE LA FRONTERA OCCIDENTAL DEL TRANSWAAL Y ORANGE.—TRANSWAAL: Artillería boer en campaña; Tipos militares.—AFRICA DEL SUR: Plaza del mercado en Kimberley; Una calle de Durban.—Ilustraciones de la novela *El Cruzado*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



## SIRIA

### *Obras piadosas en Jerusalén*

Las obras de Palestina son de modo especial gratas á todas las almas cristianas. La de que á continuación habla la Superiora del Hospicio de San Vicente de Paúl en Jerusalén es de las que los fieles anhelan alentar con generosos socorros. Es en efecto conmovedora la obra confiada á la H. Sión, que tantos años hace crece y propágase entre los pobres y enfermos de la Ciudad Santa.

**T**IEMPO hace dirigí modesta súplica para lograr una limosna á favor de los pobres niños abandonados y para terminar el hospicio empezado hace diez años, y que mucho falta para estar acabado.

Nulos fueron los resultados de mi petición, y á partir de aquella fecha los niños recogidos no cesan de aumentar. Actualmente es, pues, urgente mi necesidad. Sin desalentar y con igual confianza que la primera vez, vuelvo á llamar á la puerta de todos los corazones generosos suplicándoles reunan y me proporcionen la cantidad al menos de 10,000 francos, indispensables para levantar las paredes del edificio de los niños, hace años suspendidas muy á pesar nuestro.

Si aumenta mi familia aumentan también mis desvelos para atender al mantenimiento de 116 niños y 46 ancianos incurables de ambos sexos; y sin pretender tentar la Providencia divina, repetidas veces la he puesto á prueba aceptando niños que en realidad no podía albergar ni mantener. Al albergar á uno ó dos nuevos asilados afirmo que aquellos serán los últimos. Pero mi resolución cede pronto á las instancias de las

familias pobres ó á las de nuestros misioneros de Palestina.

No puedo rechazar á los huérfanos que después de tres ó cuatro días de penoso viaje llegan extenuados de fatiga, acompañados de pobre muokre al que fueron confiados, y cuyo único deseo es desembarazarse pronto de ellos para poder regresar á su país.

Al ver á los recién llegados recíbeles mi corazón, deseando amarles con igual amor que aquella madre que perdieron, y extiéndense mis brazos para protegerlos y salvarlos. Además basta lanzar una mirada sobre estas inocentes criaturas para sentirse obligado á amarlas. Ellos, los abandonados de todos, ¿puedan serlo también de una Hija de San Vicente de Paúl, que debe imitar la abnegación de su Santo Padre?

No son los niños de Jerusalén y de Palestina los únicos que acuden al asilo de la Caridad. Nos los proponen y envían de la alta Siria, recomendados por distinguidas personalidades, alguna vez herejes.

Inspíranme estos niños mayor compasión, pues no son católicos, y en nuestra casa pueden convertirse. Ayer tuve el para mi profundo pesar de rehusar dos, hermano y hermana, que presentaba un pope griego de Alep ó de Mardine. Dichos niños no tenían padres. Dijeron al pope que nosotros admitíamos niños abandonados, que los acostumbábamos á trabajar y á las prácticas piadosas, y admirados de la misión que desempeñábamos y del Instituto á que pertenecemos, venía satisfecho á confiarnos sus dos protegidos. Sin embargo, á pesar de la simpatía que me inspiraban y del mucho bien que podíamos hacerles educándolos, vime pecisada á rehusarlos. Confieso que sentí profunda tristeza. El sacerdote griego que los acompañaba agotó todas las súplicas é instancias. Las lágrimas humedecían mis ojos cuando se retiró al observar el sentimiento que me causaba la no admisión.

Parecidas escenas repítense con no escasa frecuencia. Hay que añadir que los niños no admitidos en el Horfalinato católico nunca regresan al lejano pueblo de que salieron, antes bien son acompañados á los grandes y hermosos edificios que poseen los protestantes, los cuales siempre cuentan con recursos y sitio para admitirlos á todos. La influencia del Protestantismo en Tierra Santa y especialmente en Jerusalén aumenta cada día. Pronto superará á la de las obras católicas si éstas no son mantenidas por constantes esfuerzos y valerosamente extendidas á costa de sacrificios incesantes.

Cuéntanse entre nuestros queridos niños asilados no pocos enfermos. Estos nunca son rehusados: ellos son los preferidos: su triste situación les da derecho á una mayor solicitud maternal. Tenemos jóvenes paralíticos, anquilosos y muchos escrofulosos. Entre estos atrae de modo especial las generales simpatías un niño nacido sin brazos. Los piés le sirven de manos, y con la misma destreza, con igual ingenio escribe, tira rayas, dibuja letras de adorno, bebe y come y lo que es mayor maravilla, traza sobre su frente la señal de la cruz, para enseñar que el pobre israelita, rechazado de sus padres, quiere ser cristiano. Vieronle los peregrinos franceses, y uno de ellos lo fotografió cuando escribía y comiendo uvas.



Actualmente tenemos 25 jóvenes ciegos de ambos sexos. Cuidamos de su educación é instrucción; aprenden no sólo á leer y escribir, sino que también se les acostumbra á trabajar, enseñándoles manufacturas fáciles propias para ciegos, como son: tejer cestas de mimbre, esteras, camisetas, rosarios, etc. Los más aventajados reciben lecciones de solfeo para paulatinamente iniciarlas en el estudio de la música.

Algunos sordomudos completan la corona de San Vicente de Paúl en la ciudad Santa.

## OCEANÍA

*De Marsella á Sydney*

Viajando en dirección á las islas Gilbert el R. P. Cochet, del Sagrado Corazón de Issoudun, uno de los últimamente nombrados vicarios apostólicos de oceánicas regiones, apuntó en su cartera varias curiosas notas que nos remite desde Sydney y las que con sumo gusto publicamos á continuación.

**F**ELIZMENTE llegamos á Sydney después de una travesía que podemos llamar ideal. ¿Cómo no había de ser así siendo tantas las preces prometidas, y navegando en un buque al que podríamos llamar *El Misionero*, pues en él se albergaban treinta y cuatro apóstoles?

Cuantos días duró la travesía, todos celebróse el Santo sacrificio de la Misa. El Sacrificio Santo entre las altas montañas de Córcega y Cerdeña, en el histórico y encantador estrecho de Messina, ante el Etna sublime cubierto de nieve y las sombrías montañas de la Calabria, cabe las costas de Creta, en el canal de Suez, en las soledades inmensas del Océano Indio, donde los ojos durante diez días no ven ni un pedazo de tierra, ni velas, ni pájaros; el Sacrificio Santo celebrado bajo la bóveda sin fin de los cielos, sobre las aguas de profundidad insondable, es más aún que en la tierra, un consuelo, un aliento para el alma del misionero. Cuán profunda emoción experimenta al leer en las litúrgicas preces estas palabras sublimes: «Todo aquel que invocare *de veras* el nombre del Señor será salvo... ¿Cómo han de invocarle, si no creen en El? O ¿cómo creerán en El, si de El nada han oído hablar? Y ¿cómo oirán hablar de El, si no se les predica? Y ¿cómo habrá predicadores si nadie los envía? según *aquello que* está escrito. ¡Qué feliz es la llegada de los que anuncian el Evangelio de la paz! (*Ep. á los Rom.*).»

El misionero á bordo es amigo del comerciante, del explorador, del publicista, del colono, y en esta sociedad de breves días vese amado y respetado. ¡Pero cuán distintos son sus pesamientos de cuantos los demás acarician! ¡Qué encantadora elocuencia tienen para él estas olas, entre las cuales trabajará animoso para lograr la resurrección moral del pueblo que habita aquellas islas perdidas del Pacífico!

Dudo pueda contemplarse más conmovedor espectáculo que la Misa del domingo á bordo de un vapor. Mientras numerosos maquinistas cumplen su trabajo enorme que no acaba la noche ni el día, y el navío se desliza veloz, el Ilmo. Leray celebra el Santo Sacrifi-

cio en altar erigido sobre el puente y adornado con variadas banderas; asisten los oficiales y la casi totalidad del pasaje: recuerdos inmortales agólpanse en el entendimiento al navegar á través del mar Rojo, y ante el Sinaí evoca el Obispo los sublimes espectáculos de las pasadas edades: un pueblo esclavo recobra milagrosamente su perdida libertad, y milagrosamente libertado en las imponentes soledades del desierto, recibe la ley del Señor.

Pasados breves días ante nosotros, se nos presenta lleno de atractivos y encantos Ceylán, país tan fértil, que la arena de sus playas vese cubierta por verdes cocoteros, que inclinan sus cabezas sobre las aguas azules del mar. Cuantos en invierno gastan cuantiosas sumas en nuestras playas mediterráneas, deberían embarcar y venir algunos meses á esta hermosa tierra: puede viajar con iguales comodidades que en las Indias: Inglaterra lo cruzó de carreteras y vías férreas.

Llama especialmente la atención del misionero el gigantesco trabajo de evangelización realizado por los reverendos Padres Oblatos y Jesuitas. La ciudad de Colombo cuenta más de 40,000 católicos, que poseen seis iglesias: la Catedral, capaz para 6,000 almas, llénase tres veces cada domingo. Hermosos sin comparación son los orfanatos, escuelas y pensionados católicos. Los Padres Jesuitas acaban de fundar una Universidad en Kandi.

¡Si cuantos aman la Obra de la Propagación de la Fe pudieran ver los resultados de sus limosnas y donativos, cuan grata recompensa y aliento sería para todos ellos! Causa en el ánimo conmoción profunda el pensar las santas empresas que debe realizar dicha Obra en las Indias, Indo-China, China, Japón é islas Océánicas, y las realizadas en las hoy adultas Iglesias de la América del Norte y Australia, durante la primera mitad del presente siglo.

Durante la travesía presencié una fiesta de grato recuerdo, hermosa manifestación de simpatía. Venían á bordo varios Hermanos Maristas, de los cuales unos se dirigían á Samco y otros á Nueva Caledonia. El Superior de la expedición contaba 24 años de colonia, y era venerable Religioso al que nunca abandonaba el más excelente humor: supo captarse el aprecio y amistad de todos los pasajeros, que quisieron testificarle el afecto y admiración que les inspiraba. Le invitaron á una velada en honor suyo celebrada en el salón del buque, donde se habían reunido sesenta pasajeros, presididos por un oficial ruso, miembro de la Legión de Honor, que se dirigía á Port-Arthur, el cual leyó entusiasta felicitación, explícito testimonio del singular afecto que les inspiraba, firmado por todo el pasaje. El texto respiraba nobleza y religiosidad: los largos trabajos realizados por el Hermano le hacían merecedor de que en su persona se celebraran la Religión y la patria.

Todos disputábanse el honor de obsequiar al ilustrísimo Leray, y las señoras organizaron varias tómbolas benéficas en favor de su Misión, á las cuales contribuían gustosos colonos, funcionarios extranjeros, todo el pasaje de la embarcación.



Descansó el *steamer* en Ceylán, llegó breves días después á *Kings George Sound*, hizo escala en *Port Philipp*, puerto de Melbourne, que como todos sabemos es la más populosa y bella ciudad australiana, y entró por último á la rada de Port Jackson. Habíamos llegado á Sydney.

En esta ciudad experimentamos grato consuelo al ver evidentes pruebas de la admiración que al Catolicismo profesan, almas que por desgracia viven en la actualidad muy alejadas de él.

Al llegar á Sydney vi hermoso monumento mandado construir por un alto funcionario, para honrar la memoria de uno de nuestros Padres de las islas Gilbert, muerto en el desempeño de su santa misión. Nosotros somos los encargados de transportar ese monumento y colocarlo sobre la tumba del venerable misionero. Dice así el epitafio grabado en la piedra:

Para religiosa memoria  
del Rdo. P. Benjamín Gaillard,  
de la Congregación del Sagrado Corazón.  
Nació el 5 de Mayo de 1832.  
Murió en Nonouti el 17 de Junio de 1897.  
Arturo Mahaffy  
manda colocar este modesto recuerdo  
de una amistad que por desgracia fué breve.

Acompañaban el recuerdo las siguientes expresivas palabras: «Es pequeño obsequio y recuerdo indigno de una existencia llena de méritos y sacrificios. El total desasimiento ú olvido de sí mismo, es en el mundo excepcional espectáculo, y en parte alguna admírase su más espléndida realidad que en las Misiones católicas. A pesar de ser distintas nuestras creencias, yo he defendido y defenderé siempre que dichas Misiones cumplen la más grande y pura de las obras cristianas que pueden realizarse en el presente siglo.»

Estas obras tan elocuentemente elogiadas por los que no profesan la verdadera Religión, son las sostenidas por las limosnas de los católicos de Europa. Nada puede evidenciar mejor los resultados de tantos generosos esfuerzos, y de no impedirlo los recursos escasos, nuestra Misión realizaría en las olvidadas islas del Pacífico, lo que los Padres Maristas han llevado á feliz término en la Oceanía Central, especialmente en Wallis. Dispuestos están los pueblos á abrazar la fe, pero el apostolado en regiones tan remotas es muy penoso é imposible sin la caridad. Dupliquen nuestros lectores, alentados con los óptimos frutos obtenidos, las acostumbradas limosnas, y sostengan sin desfallecer las obras del católico apostolado.

Séame permitido, pues escribo desde Sydney, añadir breves palabras. Sabido es que á fines del pasado siglo las grandes potencias europeas, deseando continuar la exploración de las tierras oceánicas emprendida dos siglos antes, enviaron intrépidos navegantes para reconocer las regiones australes: Inglaterra á Cok; Francia á Laperouse.

Ambos valientes marinos entraron casi á la misma hora á la rada encantadora, conocida por la abundancia de flores que adornaban sus riberas con el nombre

de *Botany-Bay*. Al Sud desembarcó Cok, y al Norte Laperouse: poco tiempo después una tempestad destruyó la flotilla francesa, que hundiéndose en el mar frente las rocas de Vanikoro.

Conocidos son los precedentes hechos; pero no así el que el poblado de Laperouse, donde los ricos del Sydney acostumbran pasar el verano, está lleno de recuerdos franceses. Conserva el monumento que Francia erigió al heroico marino: una inscripción recuerda que de allí salieron las últimas noticias recibidas del *Astrolabe* y de la *Boussole*. Vimos también el sepulcro de un sacerdote francés, primer europeo que durmió el último sueño en las «hospitalarias playas australianas,» copiando la frase del Cardenal Morán en su historia de la Iglesia. La inscripción que sus compañeros depositaron sobre su tumba dice así:

Hic jacet le Receveur  
e fratribus minimis, galliæ sacerdos  
phiscus in circumnavigatione mundi  
duce M. de la Perouse.  
Obiit 17° Febr. 1788 (1).

Otros muchos sacerdotes franceses vinieron á la Australia después de él, y los católicos de Sydney complácense en manifestar el singular aprecio que profesan al clero de dicha nación, y gustosos reconocen todos los servicios que han prestado y siguen prestando á la Religión y á su patria.

## PATAGONIA SEPTENTRIONAL

*Misión salesiana de Junín de los Andes, territorio del Neuquén*

Del *Boletín Salesiano* copiamos la siguiente interesante correspondencia, que el P. Domingo Milanés dirige al Rdm. Padre D. Miguel Rua.

**H**ACIA fines del año 1896 visité varios puntos de los alrededores de Junín, recorriendo 1,560 kilómetros lineales, haciendo un total de 100 instrucciones y administrando Sacramentos, esto es, 300 bautismos, de los que 250 fueron de indios, 200 comuniones y 400 confirmaciones.

En Diciembre del mismo año, acosado por la suma escasez de medios pecuniarios, me vi precisado á ir á Buenos Aires en busca de dinero. En esta ciudad, habiendo obtenido el permiso del arzobispo Ilmo. Sr. Castellanos, y de Mons. Cagliero, nuestro digno Superior, di conferencias en las iglesias, y habiendo recibido de la generosidad de los fieles cuanto me era más indispensable, me volví en seguida por el paso de Uspallata. Por orden de Mons. Cagliero había ya salido de Roca y llegado á Junín, nuestro querido hermano D. Crestanello, quien estaba ansioso de verme por dos motivos: para abrazar á un hermano y recibir los socorros de que tenía menester.

(1) Aquí descansa el Recaudador de la Orden de los Hermanos Mínimos, sacerdote francés agregado por su saber al viaje al rededor del mundo por M. de la Perouse. Murió el 10 de Febrero de 1788.





SAN FRANCISCO JAVIER, APÓSTOL DE LAS INDIAS

Pero se ofreció un obstáculo que me hizo retardar algo mi llegada á Junín. De paso por Chile, un caballero, buen católico y amigo mío, D. Ricardo Baldivieso, me hizo la propuesta de dar en su fundo una Misión de diez días, y considerando yo que ésta era una buena ocasión para hacer bien, la acepté. Allí me vino de Talca en auxilio D. Pistone, y el mismo señor cura bajo cuya jurisdicción se hallaba la sobredicha granja, me prestó su valiosa cooperación. Gracias al buen Dios los frutos fueron copiosos, pues afluyó tal número de gente que las comuniones alcanzaron á cerca de 1,500. Alabado sea Dios.

Acabada esta Misión y hechos los preparativos del viaje, me puse en camino. Traía entonces cinco personas de servicio, un albañil, un sastre y un mozo de casa con dos peones. En la travesía de la Cordillera no nos sucedió ninguna cosa que merezca particular mención, por lo cual paso por alto cuanto nos ocurrió en ella.

Llegado á Junín en Mayo de 1897, apenas pude pasar unos 20 días con D. Crestanello, pues una fuerza mayor se imponía para que él volviera á Roca, ya para

misionar algunos puntos aún no recorridos, ó ya para traer algunos remedios, pues en Junín y sus alrededores faltaban médico y medicinas. De modo que me vi otra vez obligado á quedarme solo. Pero, ¿qué digo solo? un salesiano solo no, un salesiano solo no está bien. Es preciso que se acompañe. En consecuencia procuraba reunir todas las noches un grupo de chiquillos á quienes enseñaba á leer y escribir y el Catecismo.

Vuelto de Roca D. Crestanello al cabo de un mes, salí yo para dar otra Misión en el Limay y Comayo. En ella recorrí 1,000 kilómetros lineales, hice 60 instrucciones á los indios, de los que bauticé 80 entre grandes y chicos. A más hubo unas 10 confirmaciones, 50 comuniones y algunos matrimonios. Las particularidades más culminantes de esta Misión fueron dos.

Un día mientras yo explicaba las verdades de nuestra santa Religión, una china preguntó si *fulana* había ya recibido el bautismo, y habiéndosele respondido que no, añadió: «¡Qué lástima que aún no le haya tocado á mi amiga esta gracia del Bautismo!» Otra cosa que llama la atención es que los indios empiezan ya á conocer el precepto de la limosna. A más de que algunos han pagado su *perito*, hubo otros que quisieron emular el ejemplo de los buenos cristianos dando á la Misión algún animal. ¡Quiera Dios abrirles los ojos del todo para que lo más pronto posible alcancen la gracia, no tan sólo de recibir el bautismo, sino de ser perfectos cristianos!

Al regreso de dicha Misión tuve que ir otra vez en busca de limosna y hacer nuevas provisiones para la casa.

A este efecto me acompañaban cuatro hombres de servicio, que llevaba para traer cargamento de Chile para nuestra casa de Junín.

Esta vez la cordillera fué algo más brava de lo acostumbrado, y al pie de una alta y arbolada serranía la lluvia y la nieve helada nos obligaron á estacionar tres días y cuatro noches. En todo este tiempo lo que me brindó amparo y alojamiento fué el hueco de un árbol, el cual fué impotente á librarme del todo de la lluvia y del intenso frío de aquella región.

En una de estas noches en que sufriendo una pesa-



SAN JUAN DE LA CRUZ calma con su Crucifijo y oración una deshecha tempestad



dilla no podía dormir, iba recordando en mi mente las peripecias de mis viajes pasados al través de aquellas altas y majestuosas montañas, y un momento de lucidez fué suficiente para recordar que por asuntos relativos á la Misión las había ya atravesado 18 veces. Con que me decía á mi mismo: Se calculan de travesía unos 400 kilómetros; yo en este caso me habría tirado ya á las espaldas  $18 \times 400 = 7,200$  kilómetros lineales, tan sólo de travesía en los Andes. Razón, pues tienen mis pobres piernas, si después de tanto andar á caballo por estos lugares montañosos y helados, se hallan algo achacosas de reumatismo.

En este viaje de la Misión á Chile y de allí á la República Argentina, tendría mucho que decir de varios percances que son inseparables á los que viajan tanto; pero por brevedad, tan sólo diré que es muy extraña la sensación que se experimenta en el diferente modo de viajar. Después que uno ha hecho centenares de leguas á caballo, llega á la primera estación, toma el tren, que se desliza como buque en la mar con tanta suavidad y velocidad sobre los rieles, que las distancias más grandes se acortan y los lugares se acercan. Entonces uno se hace elocuente para sosegar á algunos mal humorados viajeros que se quejan y se aburren por un día de tren, oyendo decir que el misionero en la Patagonia anda por amor de Dios y de las almas meses enteros á caballo y sin descansar.

Después de tres meses de parada en Buenos Aires, tiempo en que he tenido ocasión de admirar el desarrollo sorprendente de nuestras casas en dicha ciudad, y ocupado en buscar medios pecuniarios mediante el acostumbrado sistema de breves conferencias en las iglesias de la ciudad y campaña, volví á Santiago de Chile, por el paso de Uspallata, trayendo conmigo al acólito José Suans, destinado para maestro de escuela. En esta ciudad, las Hermanas que nuestro querido Mons. Costamagna me dió, ya me esperaban preparadas para venir-se á Junín.

Hechas, pues, todas las diligencias del caso, salimos de Santiago y en dos días llegamos en tren á Temuco, de donde teníamos que tomar el camino para atravesar los Andes.

Pero, como dice el refrán que el hombre propone y Dios dispone, á causa de un gran temporal de lluvia y de nieve que cayó á fines de Abril no pudimos salir. Mas tarde fué tanta la descompostura, que nos vimos obligados á resignarnos y quedar invernando en aquella ciudad. Nuestra parada en Temuco duró ocho meses, esto es, desde fines de Abril de 1898 hasta principios de Enero de 1899.

Allí, para no perder tiempo, siendo así que la herencia que nos dejó nuestro amado Padre D. Bosco es el trabajo, nos ocupamos del siguiente modo: Yo, por indicación del señor cura, quien se hallaba algo enfermo, acepté reemplazarlo en la administración en la parroquia. Confirmado en dicho cargo por decreto del ilustrísimo Sr. D. Plácido Labarca, obispo de Concepción, arrendé una casa para las Hermanas, con el objeto de que dieran clase á las niñas pobres y las catequizasen en los días festivos. Del mismo modo el acólito se ocupó en la enseñanza primaria de los niños en una pieza de la casa parroquial.

Durante los ocho meses administré el sacramento del bautismo á 600 párvulos y á unos cuantos indígenas, oí unas 2,000 confesiones y di 2,300 comuniones. Además en nuestras escuelas y oratorios festivos se prepararon cerca de 300 alumnos de ambos sexos á los Sacramentos de la Penitencia y Comunión. Los feligreses de Temuco quedaron muy agradecidos de nuestros servicios. El día en que nos separamos manifestaron un gran sentimiento, y un numeroso grupo de buenos católicos, queriendo darnos una última prueba de su cariño, nos acompañaron hasta la estación para la postrera despedida.

Lo que demuestra aun más elocuentemente la gran simpatía á que los Salesianos se hicieron acreedores en este pueblo durante tan corto tiempo, fué una petición firmada por los católicos de la más alta categoría, solicitando encarecidamente á la más corta brevedad la fundación de una casa salesiana entre ellos. Y ojalá que Dios inspire á nuestros buenos Superiores su realización, pues Temuco es uno de los pueblos que más la necesitan.

A primeros de Enero de 1899, ya libre de las obligaciones de la parroquia, y pudiendo disponer todavía de algunos días mientras las Hermanas hacían sus últimos preparativos y se daba tiempo para que se enjugasen los caminos, á insinuación de dos buenas señoras acepté la propuesta de dar una Misión de diez días en Lajas (Chile), fracción de la parroquia de los Angeles, campaña extensa que, por estar muy lejos de la parroquia, se halla algo destituida de los auxilios religiosos. Provisto del debido permiso del celoso cura Sr. D. Vicente Valdívola, cooperador salesiano, me trasladé y empecé el trabajo. Para la enseñanza del Catecismo me ayudaba el celoso acólito José Suans.

El fruto de esta Misión superó nuestras esperanzas, pues á pesar de estar solo, pude, gracias á Dios, traer al tribunal de la penitencia á 750 penitentes. Se hicieron también 200 bautismos y se bendijeron catorce matrimonios. Por esta breve descripción comprenderá usted el gran bien que pudieran hacer unos cuantos celosos misioneros Salesianos, que recorrieran las campañas del Sud de aquella República.

En los últimos días de Misión en Las Lajas tuve la grata sorpresa de ser visitado por D. Luis Sallaberry, director de nuestra Casa de Concepción. Este, á imitación de nuestro amado Padre D. Bosco, de santa memoria, se había trasladado á San Rosendo con unos acólitos y un grupo de niños de buena conducta, con el objeto de hacerles gozar las delicias de un paseo y al mismo tiempo ayudar el señor cura de aquella localidad en la predicación y administración de Sacramentos en una Misión. En ésta se distinguieron nuestros hermanos don Luis Sallaberry, con su elocuente y espontanea palabra, y el celosísimo D. Avalor, por su inquebrantable paciencia y asiduidad en el tribunal de la Penitencia.

En Las Lajas nuestros músicos tocaron varias piezas de su modesto repertorio y se lucieron en la Misa mayor con el canto. Por la tarde hubo una solemne procesión, á la que yo, á causa del excesivo trabajo, no pude asistir. En cambio la dirigió el mencionado Director con la música instrumental de Concepción, que á pesar de ser tan nueva hizo prodigios. Llegada la procesión al lugar donde campeaba una gran cruz, se paró,



y nuestro buen Director improvisó un breve discurso con el que dejó á aquella buena gente atónita y admirablemente impresionada.

Aquel día fué para mí de tanto trabajo, que no me acuerdo haber pasado otro igual. A más de los numerosos penitentes que me tuvieron ocupado en el confesionario, y las pláticas de costumbre, tuve que administrar el Santo Bautismo á 130 criaturas y bendecir varios matrimonios. Dejó á V. R. imaginar cómo se hallarían al anochecer mis pobres pulmones. Sentí luego un cierto malestar que me quitó el apetito y me obligó á irme á la cama antes de tiempo. Ahora comprendo que este género de trabajo excesivo puede ser muy peligroso á los misioneros, por cuyo motivo juzgo conveniente aconsejarles que templen su celo en análogas circunstancias para evitar una desgracia.

Terminada esta Misión, el 16 de Enero emprendimos nuestro viaje para Junín. El trayecto nos costó trece días de marcha, caminando ya bajo la fresca sombra de espesos bosques, ó entre la lozanía de muy variados arbustos; ora subiendo ó ya bajando por lo escarpado de altas montañas, y atravesando ríos caudalosos. Recuerdo entre los varios percances de este viaje, que un día, estando á la mitad del camino, el mozo que nos traía el equipaje y las provisiones para la comida, tomó por equivocación otro camino, y no fué ya posible juntarnos con él hasta llegar á Junín.

La noche se nos presentó oscura y amenazante, y en efecto, no tardó en llover. La Providencia, que nunca olvida á los que confían en ella, hizo que encontráramos á dos indígenas, que nos indicaron el lugar por donde, entrando en la espesura de un bosque, hallaríamos un prado y en medio de él un rancho de paja, en el que podríamos pasar la noche. Llegados al lugar indicado, hice parar á la comitiva, busqué y con mucha dificultad di con el dichoso caminito que conducía á la choza. Era ésta la vivienda temporal de un indio, que había sembrado una pequeña huerta de papas, arbejas, cebollas, etc.; pero á la sazón estaba abandonada. Más contento que unas Pascuas por este feliz hallazgo, en un momento vuelo á donde estaba mi gente, y la acompaño á la dicha hospitalidad.

Esta nos recordaba la humilde cabaña de Belén, y era para nosotros un gran lenitivo, debiendo sufrir, á imitación del Niño Jesús, los rigores del frío, de la lluvia y del hambre.

En efecto, todas nuestras provisiones consistían en unos pocos panes y un pedacito de queso, insuficiente para seis personas que éramos. Aquí verá V. R. cómo se confirma el refrán que dice, que la necesidad tiene cara de hereje, y el otro, que la ocasión hace al hombre ladrón; pues no teniendo con qué quitarnos el hambre, se le ocurrió á uno de la comitiva entrar en la huerta y coger arbejas y papas y asarlas en las brasas, pues no teníamos con nosotros ni olla, ni nada para cocerlas. Comimos aquello como para satisfacer la más imperiosa necesidad y para no desfallecer de hambre.

Otra cosa me afligía aún más, y era el pensamiento de que carecíamos de mantas para abrigarnos en una noche tan fría y lluviosa. ¿Qué hacer? A distancia de 2 Km. había algunos viajeros alojados, y á éstos fui á incomodar y suplicar para que tuviesen lástima de nos-

otros. Apiadados aquéllos de nuestra lamentable situación, se privaron á sí mismos de una parte de sus mantas, y me las pasaron á mí. Entonces creí haber remediado á todos los males y conjurado todo peligro. Menos mal que suframos algo el hambre, un poco de frío y la dureza del suelo mientras podamos evitar otros males mayores.

La mañana del día siguiente, después de habernos desayunado con unas arbejas asadas y con un pedazo de pan, que aún nos quedaba, salimos de aquel lugar con el propósito de recorrer cerca 90 Km. de distancia para poder llegar á una casa de conocidos que nos hospedarían y atenderían con generosidad. Así lo hicimos, aunque el día se mantuvo casi siempre nublado y lluvioso, y debiendo subir y bajar continuamente por la parte más difícil de la Cordillera y pasar por lugares pantanosos, arenosos y cubiertos de nieve. Pero el cansancio fué tal que algunos de nosotros no pudieron tomar ninguna otra refección fuera de la del descanso.

El día siguiente, fiesta de San Francisco de Sales, haciendo un último esfuerzo y recorriendo 45 Km. de trayecto llegamos á Junín.

Nuestra llegada fué inesperada, por lo cual hubo de producir, como es natural, agradable sensación al querido D. Crestanello, al óptimo coperador D. Juan Vera y á otro amigo de casa que le acompañaban en la fiesta de San Francisco de Sales.

Las Hermanas se dirigieron en seguida á su casa, que hallaron concluida y cabal y en mejores condiciones de lo que se imaginaban.

Cuatro días después, hechos los preparativos del caso respecto á la clase, se dió humilde principio á las dos escuelas de varones y niñas con una media docena de alumnos. Estos en breve aumentaron á 25, y hay fundada esperanza de que lleguen pronto á 50.

Este escaso número de alumnos no debe parecer poco, teniendo presente que en Junín existe una escuela mixta del Gobierno, la cual funciona de cuatro años á esta parte. También hay que considerar que este pueblecito no cuenta sino pocos años de existencia y ha sido fundado en un punto, como otros de la Patagonia, en donde reinó la barbarie por siglos desconocidos hasta estos últimos tiempos.

Sea como quiera, el 29 de Enero de 1899 será un día memorable en los anales de la Misión de Junín, no tan sólo porque nos recuerda el dulce nombre de San Francisco de Sales, nuestro Patrono, sino que también por ser el día de la llegada feliz de un aumento de personal que está llamado á hacer un gran bien en esta localidad entre indios y cristianos.

Ocho días después de nuestra llegada se presentó un indio, cuyo semblante entre airado y serio, manifestaba que venía á anunciarnos algún mal augurio. Me da una carta, la leo, y era que el dueño de la célebre cabaña le había enviado á recaudar la indemnización que reclamaba por las arbejas que le habíamos comido. ¡Pobre indio; había hecho 150 Km. atravesando á caballo las montañas para cobrar lo que no llegaría al valor de un franco!

A mediados de Febrero salí otra vez acompañado de un niño y un mozo para el cuidado de los caballos, con el objeto de dar una misioncita entre cristianos é indios que viven en las orillas del río Limay, lago Nahuel Hua-



pi y otros puntos más al Sur, recorriendo una parte de los territorios del Neuquén, Río Negro y lago del Chubut. Aquella excursión duró un mes y veinte días, y en ella recorrí 1,500 Km., hice como cien instrucciones en lengua araucana y algunas en castellano, con poco ó ningún fruto respecto de estos últimos.

En cuanto á los indígenas debo decir en honor de la verdad que los hallo cada vez más dispuestos á recibir el santo Bautismo, y una patente prueba de ello es que á cuantos les he predicado, me han escuchado, con rara excepción de alguno, que ha aprendido de los malos cristianos ó protestantes á mofarse de las verdades que enseñan los misioneros. En virtud de esta docilidad, pude en ese breve intervalo bautizar á 150 y bendecir de 12 á 14 matrimonios. Casi todos los bautizados eran hijos de indígenas, de los que como 50 eran adultos. Hubo unos tan viejos que aparentaban tener de 80 á 90 años.

Otra excursión hice en el campamento de San Martín de Maipú, situado en la orilla de la Laguna Lancar y á 50 Km. de distancia de Junín. Ya es sabido que entre militares no se puede hacer como uno desea, y por esta razón es muy poco ó nulo el bien que se hace. Nos contentamos en esos casos con el buen deseo. Sin embargo, visité á los indios del cacique Curuhuínca, los reuní en varios grupos, enseñando y bautizando á veinticuatro indígenas entre chicos y grandes.

Podría referir aquí interesantes episodios relativos á estas últimas visitas, pero extenderme más parecería abuso, y por lo tanto dejo su narración para otro tiempo.

Sin embargo, no puedo terminar esta relación sin recordar que los libros de Bautismo de Junín de los Andes ya registran 1,157 partidas. De éstas más de mil son de indígenas. Y si á éstos agregamos los indios instruidos y bautizados en el territorio chileno (no me refiero á los bautizados hijos de cristianos, que superan el millar) en ocasión de mis viajes, tendremos más de 1,200 indígenas que han entrado en el redil de Jesucristo.

Quiera Dios aceptar nuestros trabajos y V. R. bendecirlos para que no se desaliente nuestro corazón; sino que animados de la dulce esperanza de conquistar el cielo, podamos con mayor celo procurar la gloria del Señor.

## EN TIERRA BOER

POR EL R. P. MARCELINO GIDROL

OBLATO DE MARÍA INMACULADA

**D**IFÍCIL habría de sernos en la actualidad hallar Revista ó diario que no consagrara varias columnas á los acontecimientos que se desarrollan en el Africa del Sud. Siguen de cerca el drama que representan una gran potencia y un pueblecito de colonos. Hablan mucho de cuanto á los boers se refiere, especialmente bajo el punto de vista militar.

A una Revista religiosa como la nuestra, corresponde dar á conocer su religión y las Misiones católicas establecidas en las regiones que son teatro de la guerra.

Los boers son en su mayor parte de origen holandés, y algunos de origen francés. Sabido es que revocado el edicto de Nantes, numerosos protestantes franceses se trasladaron á los Países Bajos. Al cabo de algún tiempo inició en Holanda una poderosa corriente de inmigración al Africa Austral, y los nuevos pobladores acabaron por apoderarse del Cabo de Buena Esperanza y de todo el Sud de Africa. Calvinistas fanáticos, arrojaron del país á los católicos portugueses, que habían tomado posesión con Vasco de Gama el 1437, cuando el célebre navegante abordó la costa Sud Este del continente.

Durante la dominación holandesa fué proscrita la Religión católica, y hasta el 1810 puede decirse que el Africa Meridional estuvo cerrado ó poco menos á los sacerdotes católicos. Los ingleses, que se establecieron á principios del siglo que acaba, dejaron en vigor las leyes de persecución dictadas por sus antecesores.

Vivían entonces en la colonia del Cabo algunos católicos franceses, belgas, alemanes é irlandeses, pero carecían casi en absoluto de asistencia religiosa: muy de tiempo en tiempo pasaba un sacerdote ó permanecía entre ellos algunos días, debiendo luego partir para no ser expulsado por el gobernador.

Los católicos del Cabo de Buena Esperanza fueron en un principio agregados al vicariato apostólico de la isla Mauricio: en 1837 empezaron á formar Misión á parte.

En 1850 existían en el Sud del Africa tres vicariatos: Cabo Oriental, Cabo Occidental y Natal.

Este último fué desde su creación confiado á los Oblatos de María Inmaculada. En sus primeros tiempos abarcaba un territorio inmenso, cuyos límites en el interior no estaban bien definidos. Comprendía á más del Natal, Cafrería, Zululand, Basutoland, el Transvaal y el Estado libre de Orange.

En 1886 el Estado libre fué erigido en vicariato, y el Transvaal en Prefectura apostólica. Algunos años después, en 1894, el Basutoland que formaba parte del vicariato de Orange, fué prefectura apostólica. Finalmente, y para que la enumeración de las Misiones de los Oblatos en el Sud del Africa sea completa, diré que desde el año 1896 poseen la prefectura apostólica de la Cimbebasia inferior.

### Vicariato de Natal

El día 13 de Noviembre de 1851 el Ilmo. Allard, de la Congregación de Oblatos, acompañado de algunos misioneros partió de Marsella para Natal. Cuatro meses duró el viaje. No es mi idea referir los principios y desarrollo de la Misión: me limitaré á una indicación general del actual estado del vicariato.

La emigración irlandesa, que tanto ha contribuido al aumento de la fe en América y Australia, apenas si acordó de la existencia de esta costa. De manera que la población católica de raza europea es poco menos que nula en Natal, particularmente desde los últimos años



durante los cuales muchos emigraron de Natal al Transvaal, atraídos por el brillo del oro. No obstante, el número de católicos ha aumentado considerablemente gracias á las conversiones de herejes é infieles. El territorio que actualmente abarca el vicariato de Natal hace veinticinco años contaba apenas 800 católicos, y en la actualidad suman 12,000. Poco, muy poco nos parece cuando recordamos que viven entre un millón de infieles.

El vicario apostólico, Ilmo. Jolivet, es de origen bretón. Reside en Natal desde el año 1874; el próximo pasado año celebró las bodas de oro sacerdotales y las de plata episcopales. Ayúdanle en el apostolado veinte Religiosos, cuatro Hermanos convertidos y cinco sacerdotes seculares: además de los Trapenses y de las Hermanas terciarias, seis Congregaciones religiosas prestan á nuestros misioneros inapreciables servicios. Citaremos en primer lugar á las Hermanas de la Sagrada Familia de Burdeos, establecidas en las dos principales ciudades del vicariato: Maritzburg y Durbán. Las Religiosas Dominicas poseen escuelas en Oakford, Newcastle y Zululand. Las Hermanas de la Santa Cruz han fundado cuatro Misiones en Cafrería. Las Religiosas hospitalarias de San Agustín poseen también cuatro Misiones en Durbán, Maritzburg, Estcourt y Ladysmith. En Durbán las Hermanas de Nazaret cuidan de infelices huérfanos y ancianos. Finalmente, la Congregación de Hijas de Jesús, que tienen la Casa central en Kermania, diócesis de Vannes, hace breves días enviaron la primera expedición formada por siete Religiosas.

Los Oblatos, además de ocho Misiones entre los Zulús, tienen á su cargo las poblaciones de raza europea y los indios, hechos venir á Natal para trabajar en las grandes plantaciones de azúcar, y cuyo número en la actualidad supera al de los europeos.

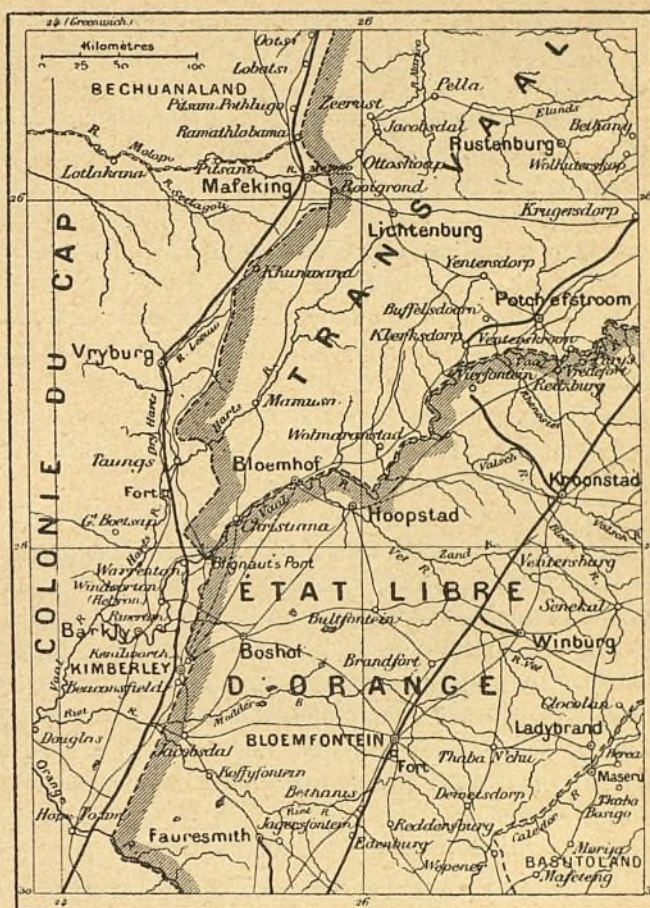
Las principales Misiones son: Durbán, Pietermaritzburg, Estecurt, Ladysmith, Newcastle, Oakford, Koksat y Umtata.

En Pietermaritzburg, ciudad la más importante de la colonia, y en el campo de Ladysmith los soldados católicos en tiempo ordinario exceden de mil. Dos Padres cuidan de sus espirituales necesidades.

Obra por cuya realización suspiraba el alma del misionero con particular anhelo, es la conversión de los negros. Tres obstáculos contrarrestan su celo muy particularmente en los primeros tiempos de la Misión: el carácter de los cafres, la poligamia y los prejuicios que los protestantes les imbuyeron. De carácter inconstante y ligero, preocupados de sus placeres hasta el punto de negarse á hablar de la muerte que acaba con todo placer material, los cafres no quieren abrazar una Religión que les enseña graves verdades y les impone austeros deberes.

¿Cómo lograr comprendan y acepten la santidad del matrimonio, hombres que siempre consideraron la poligamia como honroso timbre y muestra de riqueza, y juzgaron del poder de un personaje por el número de mujeres que tiene bajo su yugo? «¡Ah! ¡por qué no vinisteis antes, decía un cafre á un misionero, cuando éramos jóvenes y sólo teníamos una mujer! hoy somos muy viejos para cambiar y vivir rectamente.»

Pero el obstáculo quizás principal se origina de los



Mapa de la frontera occidental del Transvaal y del Orange

pastores protestantes. Establecidos en esta colonia muchos años antes que el misionero católico, enseñaron á los indígenas las más falsas ideas sobre cuanto á nuestra sacrosanta Religión se refiere.

Un obispo protestante, quizás mal avenido con la monogamia, proclamó en alta voz que la poligamia no era contraria á la doctrina cristiana. «¿Por qué, exclamaba, no pueden los salvajes tener muchas mujeres como Abraham, Isaac y otros Patriarcas de la antigua ley?»

Las obras de los Trapistas han logrado en el Transvaal prodigioso desarrollo. Tienen 18 estaciones. Forma el personal de su Misión 24 sacerdotes, 250 Hermanos y número casi igual de Hermanas terciarias. Estas Religiosas poseen en el vicariato territorios inmensos. Disponiendo de tantos obreros y ayudados por los indígenas neófitos, construyen con muy escaso gasto y muy sólidamente iglesias, conventos, escuelas para los cafres, etc.

Compréndese fácilmente que la organización poderosa de los Trapistas, los trabajos no menos importantes de los Oblatos, los conventos de Religiosas con sus escuelas, hospitales y orfanatos, ejerzan influencia muy grande en la propagación de la fe.

#### Prefectura apostólica del Basutoland

Basutoland, separado del Natal por los montes Drakensberg, está principalmente poblado por los negros.

Ocupa la prefectura apostólica el R. P. Cenez, natural de la diócesis de Nancy. Le acompañan 14 sacerdotes y 104 Hermanos convertidos, miembros de la Congregación de Oblatos de María. Las Religiosas en nú-



mero de treinta, viven consagradas á la instrucción de la niñez. Todas son Hermanas de la Sagrada Familia de Burdeos.

Existen Misiones en Roma, San Miguel, Thaba, Bosihó, Korokoro, Santa Mónica, Sión, etc. Cuéntanse en la actualidad unos 6,000 católicos.

Con grandes dificultades han debido luchar durante varios años las misiones establecidas entre los infieles del Basutoland, y han sido teatro de sacrificios sin cuento realizados por nuestros Padres misioneros. En 1883 consagróse solemnemente la provincia al Sagrado Corazón, y á partir de aquella fecha se ha producido un cambio total. En un solo año los misioneros lograron convertir más infieles que durante los veinticinco precedentes años de penoso apostolado.

Mayor sería el fruto cosechado si pudieren los Padres extender su esfera de acción. Numerosos pueblos los llaman y les ofrecen tierras para establecerse. Conveniente sería poder aceptar tales ofertas y edificar acto seguido capilla y escuelas. Pero no tenemos dinero. Además, la peste ha destruido cuantos rebaños poseíamos. Exceptuando una Misión, Roma, las demás no poseen un solo animal cornudo. Los cristianos, lejos de poder ayudar á los misioneros, gimen también sumidos en grave miseria.

#### Estado libre de Orange y Transwaal

El Estado libre de Orange y el Transwaal son dos repúblicas hermanas, constituidas por elementos casi iguales, y en ambas es igual el trabajo que el sacerdote debe practicar.

La población divídese en tres categorías muy distintas entre sí: 1.º Los boers, que fueron los primeros que se establecieron en esta región viniendo de las colonias vecinas. 2.º Ingleses y otros europeos colonos, comerciantes, mineros, etc. 3.º Cafres que viven solos ó entre los blancos.

Tres son también los trabajos que los Oblatos realizan en estas Misiones. Muchos Padres cuidan de los católicos en las ciudades, y trabajan para que sean constantes en las prácticas religiosas, procurando al propio tiempo la conversión de los herejes. Algunos visitan los colonos, que extendidos por todo el país obligan á emprender largos y peligrosos viajes, fecundos en tristes aventuras.

En la propiedad de cada colono celebran el Santo Sacrificio, administran los Sacramentos y enseñan el Catecismo á los niños. Cuando encuentran reunidas ó cercanas algunas viviendas, y una de ellas apta para servirles de albergue, permanecen varios días, que dedican á la instrucción de la juventud. Otros Padres se consagran á la conversión de los cafres. Exceptuando los que viven en reducciones, es poco menos que nulo el bien que á dichos indígenas puede hacerse. Vienen á las ciudades, pero sólo por breve tiempo, durante el cual trabajan en las minas ó sirven á casas particulares. Pocos pueden reunirse en los cortijos, pues el Gobierno no permite que su número exceda á cinco familias.

Vistas las precedentes generalidades comunes al Estado libre de Orange y al Transwaal, enumeremos al-

gunas particularidades de las dos Misiones que comprenden estas repúblicas.

#### Vicariato del Estado libre de Orange

Además de la república así nombrada, comprende el Griqualand-West y Bechuanaland. Cuéntanse en él dos sacerdotes y los misioneros de la Congregación de Oblatos de María. Quince son éstos, comprendiendo en este número al Ilmo. Gaughran, oblato que al igual que los demás Padres es natural de Irlanda.

Cuéntanse también algunos Hermanos de la Doctrina cristiana, provenientes de Irlanda, y 60 Religiosos de diferentes Ordenes. Hay en el vicariato 4,500 católicos, más de 14,000 herejes y más de un millón de paganos indígenas. Poseemos ocho iglesias, trece escuelas, y además de los Religiosos conságranse á la enseñanza ocho profesores de ambos sexos. Unos 1,000 niños reciben cristiana educación en nuestras escuelas. *Kimberley* en Griqualand es la residencia del vicario apostólico. La población de esta ciudad suma 40,000 almas. En ella se han congregado representantes de todas las naciones, de toda lengua, de todo color y religión.

Los católicos son unos 2,000. Las Hermanas de la Sagrada Familia dirigen una escuela superior para las jóvenes, y otra parroquial frecuentada por 300 niños. La escuela de los Hermanos, abierta hace muy breve tiempo, cuenta ya 100 alumnos.

En Bloemfontein, capital del Estado libre, las Hermanas de la Sagrada Familia tienen un pensionado con más de 100 alumnas internas: es en su género el establecimiento más importante de cuantos existen en toda el Africa del Sud.

Mafeking y Taunys son Misiones de reciente fundación y en próspero estado.

Entre las Misiones no citadas son las más importantes: Jagersfontein, Harrismith y Beaconsfield.

#### Prefectura del Transwaal

Comprende toda la república así nombrada. Confiada al celo de quince Oblatos prospera, especialmente estos últimos años, elevándose en la actualidad á 6,000 el número de los católicos. A los citados Padres les auxilian en sus apostólicas tareas los Trapenses, los Hermanos Maristas, las Hermanas de Loreto, de la Sagrada Familia, de Nazaret, las Hermanas Dominicas y las Ursulinas.

Las Misiones existentes en la actualidad son Pretoria, Barbeton, Johannesburg, Potchefstroom, Lydenburg y Vleeschfontein.

Johannesburg es la Misión más importante de cuantas comprende la prefectura. Esta ciudad, de muy reciente fundación, cuenta más de 100,000 habitantes. La explotación de minas de oro fué causa acudieran, al igual que en Kimberley, buscadores de fortuna de las cinco partes del globo. Es en la actualidad el centro minero más importante del Africa Meridional. El número de los católicos elévase á unos 3,000, sin comprender los muchos que siempre vienen y van. Las obras que hoy existen en Johannesburg son: una iglesia, una escuela de niños á cargo de los Hermanos Maristas, y



otra de niñas al de las Hermanas de la Sagrada Familia. Juntas reúnen 800 alumnos. Esta ciudad es la única del Transwaal donde Religiosas católicas (las Hermanas de la Sagrada Familia de Burdeos) cuidan del hospital del Gobierno, que es protestante: la presencia de las Hermanas en dicho establecimiento es un prodigio. Tienen por término medio 250 enfermos blancos y negros.

### Los boers

Son los boers uno de los elementos de la prefectura del Transwaal y del vicariato del Estado libre de Orange, y el misionero debe contar con ellos.

Cuando los ingleses en 1835 abolieron la esclavitud en la Colonia del Cabo, muchos boers que eran señores de numerosos negros, resolvieron sustraerse á la dominación británica, marchando hacia el interior. El año 1836 fundaron la república del Estado libre de Orange, y en 1853 la del Transwaal.

Durante la emigración cuidaron de no olvidar sus Biblias y sus pastores. Por largo tiempo consideraron ilegal la existencia del Catolicismo. Los católicos no podían aspirar á las funciones del Gobierno, ni disfrutaban del derecho de votar ni podían ser elegidos: hasta el ejercicio de su culto estaba en interdicto.

Era todo ello antiguo recuerdo de las viejas leyes perseguidoras de Holanda. Cuentan que al ver el primer sacerdote católico en la capital Potchefstroom, conmovióse todo el campo hugonote. «Infeliz de ti, exclamaba un ministro fanático, infeliz de ti Potchefstroom, pues Satanás, ardiendo en ira, ha caído dentro de ti.» Las Autoridades de la ciudad creyeron la república en peligro. Llamaron al misionero, leyéronle las leyes del país y prohibiéronle el ejercicio de su ministerio bajo pena de expulsión inmediata. El sacerdote contestó impasible, había ido á Potchefstroom para visitar á sus correligionarios, bendecir un matrimonio, bautizar algunos niños, y creía deber suyo desempeñar su oficio hasta el fin.

—Cuando haya terminado, añadió, si quieres que me trasladen hasta la frontera, habré de quedarte muy reconocido por tanta atención. Soy muy pobre, y no puedo pagar el lujo de viajar á caballo, y mucho menos en carruaje.

Y como lo dijo lo cumplió.

El descubrimiento de las minas de oro y consecuencia de él, la llegada de extranjeros procedentes de todas las naciones, fué causa de mayor libertad. Los ánimos perdieron paulatinamente el antiguo rigor calvinista. Los prejuicios del fanatismo disminuyen, pero este cambio beneficioso debe atribuirse muy especialmente á cierta indiferencia en materias religiosas, y al profundo disgusto que inspiran el despotismo y mercantilismo de los pastores protestantes. «Un día, escribe el R. P. Guilles, misionero en el Transwaal, vinieron á pedirme bautizara dos niños boers. Les dirigí algunas preguntas, y contestaron: «No vamos á buscar á ministros de nuestra Religión, porque siempre y para todo debemos pagar, y como nosotros somos muy pobres, los ministros no nos atienden. No bautizan mis hijos porque no pago cinco schelings para hacerlos cristianos. No los confirman porque no tengo diez schelings. Para casarme exigieron dos libras.»

Escasas son las esperanzas que alentamos de lograr convertir á los boers. Sin embargo, repetidas veces han testificado lo mucho que aprecian al sacerdote católico, y hace breves años que por todas partes nos rechazaban con mal reprimida cólera. Debemos atribuir este cambio, á lo menos gran parte del mismo, al influjo ejercido por nuestros colegios, muy especialmente á los que dirigen las Religiosas, donde son admitidos protestantes y católicos. Los boers conocen la superior educación de los colegios católicos, y á ellos llevan sus hijos; y los niños en inmediata relación con maestros y profesores cristianos, aprenderán á despreciar y refutar las mil ideas erróneas y perversas que padres y amigos heredaron de sus ascendientes, y conservan á través de los años, contrarias todas á la Iglesia católica, de que hace siglos viven alejados.

Muy de temer es que la guerra actual entre Inglaterra y los boers sea funesta á nuestras obras. Probable es que sufran muchos de los establecimientos que poseemos, especialmente durante el sitio de las ciudades como Kimberley, Mafeking y Ladysmith.

En numerosas poblaciones los habitantes abandonaron las iglesias y corrieron á empuñar las armas. Los misioneros, en tanto, trabajan en distintas regiones, y son sacerdotes de los soldados católicos en los ejércitos boer é inglés. Los periódicos han publicado ya la noticia de que entre los prisioneros ingleses hechos por los boers en Ladysmith, cuéntase un sacerdote católico.

## Recuerdos del Catolicismo

### en el Tonkin

#### XX

*Nuevas persecuciones.—Martirio del Ilmo. Díaz*

LA tierra del Tonkín acababa de beber la sangre de Cornay, Borie, Delgado, Henares y otros cien que murieron por Dios y su Iglesia santa. Un momento no más dejó Tu-Duc descansar á los cristianos. Pero aquella calma no era la paz, era sí breve tregua que aprovechó el enemigo para reorganizar sus fuerzas y preparar sus armas.

La corte estaba dividida en dos opuestos bandos: quería uno acabar con la Religión; el otro por política ó por humanidad aconsejaba la tolerancia. Perplejo ó deseoso de conocer la opinión general, Tu-Duc celebró desde 1853 á 1855 numerosas conferencias, siendo tema de todas ellas la cuestión religiosa. El gobernador de Binh-Dinh, provincia de Cochinchina, proponía formar los católicos nueva casta de parias, y esperaba matar su constancia á fuerza de repetidas vejaciones: otro de los grandes mandarines, menos cruel, escribía: «Prolónguese tres ó cuatro meses la persecución, y después déjese vivir en paz á los cristianos. Que se pregunte á cada uno si quiere pisotear la cruz: los que obedezcan sean premiados con determinada cantidad, y los que no castigados con determinada multa.»





TRANSWAAL.—Artilería boer en campaña

Amigo era este señor de procedimientos económicos. Tu Duc rechazó por ineficaces los propuestos medios.

«Veinte años, dice el rey, llevamos transcurridos sirviéndonos de cuanto imaginamos pudiera arrancar la fe á los cristianos, y nulos son los resultados obtenidos; ¿y creéis que tres ó cuatro años bastarán para lograr el deseado fin?»

Otros mandarines propusieron medidas más enérgicas y sanguinarias: «Decapitar todos los misioneros europeos, matar á palos á los sacerdotes indígenas, extrangular á catequistas y seminaristas. Pena de la vida á cuantos escondieran al proscrito en sus casas, y al alcalde que no le denunciara. Pena de la vida al mandarín cristiano que no reniegue de su fe. Todos los funcionarios del lugar donde un sacerdote sea aprisionado perderán su empleo. Será recompensado con quinientos taëlos el que entregue un sacerdote europeo, y con doscientos el que entregue un sacerdote anamita.»

Thuong Giai, virrey del Tonkín, escribió también su parecer, que es de los más curiosos. Quería indulgencia y libertad religiosa; pero deseando no oponerse al deseo del príncipe, empleaba no pocos rodeos y sutilezas buscando la manera de convencerle de la excelencia de su opinión. Bajo este aspecto es un modelo de diplomacia anamita que el Ilmo. Retord describe de la siguiente manera:

«Todo encuéntrase reunido en esta curiosa pieza, la sensatez y la tontería, lo verdadero y lo falso, lo serio y lo ridículo; pero adivínase, á través de la fraseología enrevesada de un retórico que quiere decir la verdad sin molestar á su señor, benevolencia para con los fieles y el deseo sincero de que acabara la persecución.»

Ni las sabias y políticas observaciones del virrey del Tonkín, ni las muy enérgicas del virrey de la Baja Cochinchina que se negó el año 1851 á publicar el edic-



to, fueron bastante para vencer los consejos de la cólera.

Después de tres años de deliberación, proyectos y contraproyectos, el 18 de Septiembre de 1855 se publicó el decreto de persecución general. Dicho decreto concedía un mes á los mandarines católicos para renegar de su fe, y seis á los soldados y al pueblo: negaba á los católicos el derecho de obtener títulos literarios y el de desempeñar cargos públicos: el que aprisionare á un sacerdote europeo recibirá en premio trescientos *clous* de plata (2,400 francos), si el sacerdote es anamita cien *clous* (800 francos): dictaba sentencia de muerte contra todos los sacerdotes cristianos y anamitas. A los mandarines les daba la orden de velar por el estricto cumplimiento del edicto. Esta vez Tu-Duc y sus ministros querían ser obedecidos.

Al conocer estas órdenes, augurio de tormentos y muertes, el vicario apostólico del Tonkín Central, ilustrísimo Díaz, escribió las siguientes animosas palabras:

«Si el Señor no ha resuelto aún detener el furor de nuestros enemigos, si otra vez debemos empezar la vida del martirio y seguir las huellas de heroicos predecesores, pido á todas las almas piadosas oren para que la gracia del Espíritu Santo nos asista en los combates que deberemos sostener, y nos dé fuerza para derramar hasta la última gota de nuestra sangre por amor de Dios y remisión de nuestros pecados.

«Rogad y rogad especialmente por el que más de vuestras preces necesita, por el que siendo pastor debe dar el ejemplo del sacrificio, antes de permitir sean devoradas sus ovejas.»

El llamamiento fué escuchado. El mundo católico elevó al cielo ferviente oración, y los cristianos anamitas, guiados por sus intrépidos pastores, esperaron con

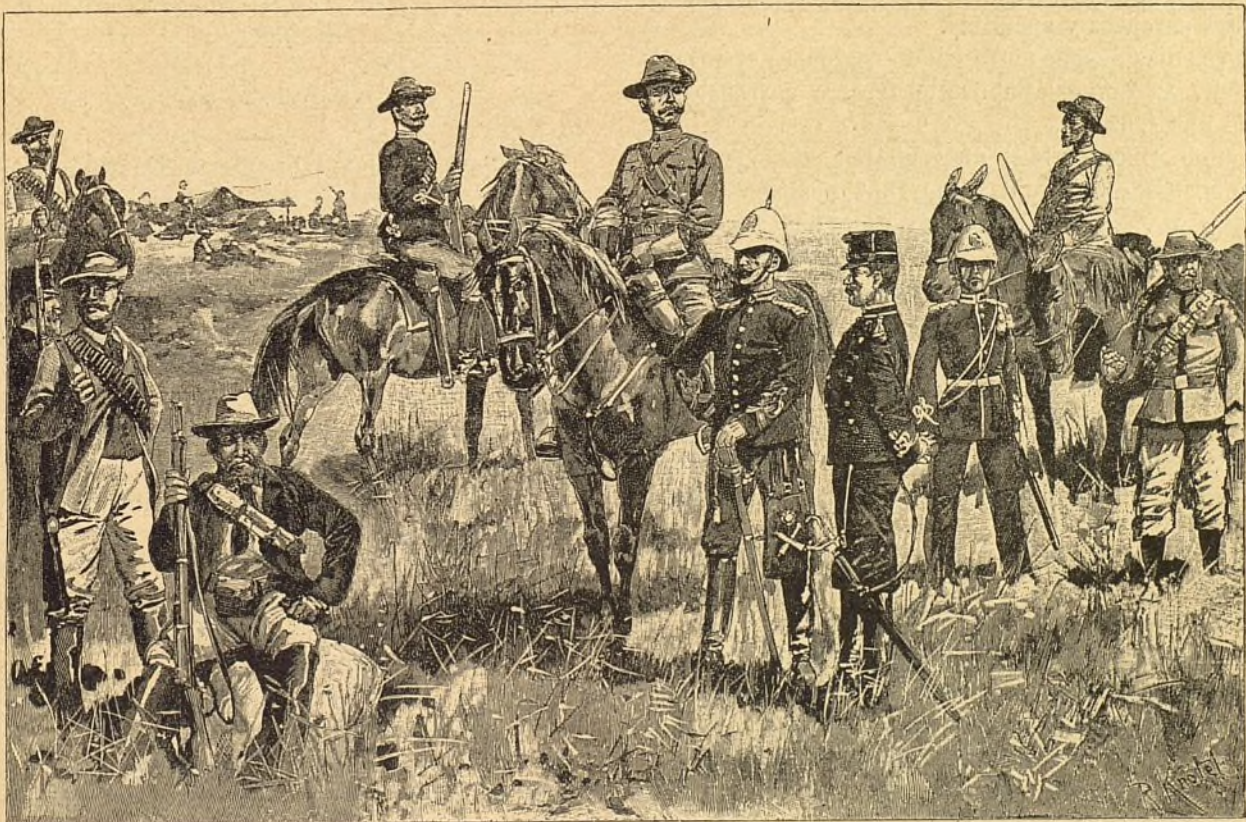
paciencia heroica los días terribles de una persecución más feroz que cuantas hasta entonces les afligieron.

Sin embargo, un alegre rayo de sol brilló en aquel cielo cubierto de negras nubes, preludio de tempestad; pero breve fué la esperanza, las nubes negras cubrieron el alegre rayo de sol.

Las persecuciones que sucedíanse sin interrupción, el cada día más próspero comercio europeo, fueron causa de que Napoleón III se resolviera á establecer más frecuentes y directas comunicaciones entre Francia y el Extremo Oriente. Envió un plenipotenciario, Mr. de Montigny, para que negociara tratados con Siam, Camboja y Cochinchina. Tenía el diplomático amplios poderes para ocuparse de la cuestión religiosa, y exigir para los misioneros el derecho de vivir en paz y predicar libremente las verdades católicas.

Por desgracia, un cúmulo de circunstancias independientes de la voluntad de todos, fueron causa de que las naves llegaran á las costas del Anam no todas juntas como convenía, sino unas tras otras con intervalos relativamente largos.

El temporal no permitió á Mr. de Montigny desembarcar en Turane hasta el 23 de Enero de 1857. Tarde era ya. El Rey del Anam, perdido el temor que en un principio sintiera, secretamente alentado por la China, pudo disponer del tiempo preciso para organizar la resistencia, y prepararse para mantener á raya aquellos *bárbaros* que de Occidente venían, que no serían tan poderosos ni temibles cuando marchaban unos tras otros sin castigar las persistentes negaciones opuestas á sus demandas. Después de inútiles ensayos de negociaciones, el plenipotenciario francés, que carecía de buque y soldados que apoyaran sus palabras, debió abandonar



TRANSWAAL.—Tipos militares



Turane y trasladarse á Hong-Kong. Antes de partir, fiado en su generosidad cabelleresca, creyó deber suyo escribir á Tu-Duc encargándole velara sobre los cristianos y misioneros, y amenazándole con la cólera de Francia si osaba condenarlos á muerte.

La marcha de las naves francesas dejó sumidos en el más grande dolor los corazones de los católicos anamitas que poblaban la frontera China y Cambodge.

«Nunca estos cristianos experimentaron mayor desaliento, escribía el Vicario apostólico del Tonkín Occidental. Y nosotros, ¿por qué ocultarlo? nosotros sentimos tristeza muy grande al ver desaparecer de súbito el hermoso edificio de nuestras esperanzas más amadas, y oyendo repetir acusadoras quejas y conceptos asaz desagradables á oídos franceses. ¿Estos son, decían, aquellos tan encomiados compatriotas vuestros? ¿Valía la pena de emprender viaje tan largo para comer búfalo, cazar monos y pasearse alegremente cabe las orillas del mar? Vinieron sin haberlos llamado, y nos abandonan después de comprometerlos. Empezaron por una bravata y acababan con una cobardía. Estas y otras por el estilo son las palabras con que á nuestro alrededor se manifiesta el general desencanto. Ciertamente es que todas ellas son injustas: Mr. de Montigny hizo cuanto hacer pueda un valiente, sus negociaciones sólo se detuvieron ante lo imposible.»

Después de la visita del plenipotenciario francés aumentó la ciega cólera de Tu-Duc y de los mandarines. Aquella intervención extranjera en los asuntos de su país, parecióles era un crimen de misioneros y cristianos.

En Mayo se publicó el edicto mandando á jefes y sub-jefes de distrito, á los alcaldes y concejales, que realizaran toda clase de esfuerzos para aprisionar á los sacerdotes europeos y anamitas.

Breves días después otro edicto corroboró el primero, y el 7 de Junio se publicó un tercero corroborando los dos anteriores.

El Ilmo. Díaz fué la primera víctima de la cruel persecución. Era el 20 de Mayo de 1857, acababa de celebrar el santo sacrificio de la Misa en Biu-Chu, y postro ante el altar elevaba al Eterno ferviente acción de gracias, cuando la soldadesca del mandarín rodeó el edificio. Inminente era el peligro. Un soldado cristiano, sin calcular lo atrevido de su empresa, ofreció salvar el Obispo, y en efecto logró la evasión.

Acordaron registrar todo el pueblo. Uno de los más temibles espías encaminóse con algunos soldados á la casa donde el Vicario apostólico se refugiara, y descubierto fué aprisionado.

Sufrió su cautiverio en las prisiones de Nam-Dinh, y fué condenado á muerte. Poco tardó en recibirse la sanción real, concebida en los términos siguientes:

«A pesar de las leyes que prohíben rigurosamente la falsa Religión de aquel á quien llaman Jesús, el europeo José An, jefe principal de la citada Religión, tuvo la audacia de entrar en nuestro imperio é inducir á nuestros súbditos á abrazar dicha secta, crimen del cual se confiesa y reconoce culpable: nos ordenamos y mandamos que al recibir esta orden sea decapitado y lanzada

su cabeza al aire, para que teman los demás; y luego arrojada al río para acabar de una vez con la causa de tantos males.»

Se cumplió la sentencia en el sitio que los *Anales dominicanos* españoles llaman de las Siete Yugadas. Los verdugos cubrieron la tierra con esteras de junco, con roja alfombra propiedad del Obispo, y con los tres vestidos que tenía en la prisión. Le ataron las manos á la espalda, y luego le mandaron sentarse sobre una almohada.

A martillazos rompió un herrero las cadenas de hierro que rodeaban el cuello y los pies. Un soldado colocó grueso madero entre las espaldas del venerable condenado, y lo ató fuertemente con cuerdas que rodeaban pecho y estómago.

—¿Todo está preparado? preguntó el oficial.

—Sí, contestó el soldado.

Mandó el mandarín ejecutar al Obispo al sonar por tercera vez el *tam-tam*; pero á la segunda el verdugo dejó caer la espada y cortó casi por completo la cabeza; descargó nuevo golpe, y aquella rodó por los suelos.

Cumpliendo las órdenes del mandarín, cógela por la barba, la arroja al aire y luego en un cesto preparado para recibirla. Acto seguido cortó las cuerdas atadas al rededor del cadáver.

El cuerpo envuelto en esteras, y la cabeza colocada en un cesto lleno de piedras, fueron atados á la barca del mandarín, y luego doce remeros con orden terminante de no volver la cabeza, empujaron la barca hacia el Océano. Un capitán sentado á popa sostenía las cuerdas atadas á la cabeza y al cuerpo que flotaban sobre las aguas, y las cortó una después de la otra en diferentes lugares del río, para que no pudieran los cristianos poseer aquellas reliquias venerables y darles digna sepultura.

## XXI

### Nuevos mártires

La muerte del Ilmo. Díaz no debía saciar la sed de sangre de los perseguidores. Sin embargo, la Misión del Tonkín pudo durante el Septiembre de 1857 disfrutar de breve calma, debida á la llegada del *Catimat*, buque francés, y de la *Pily*, *steamar* fletado por el cónsul español en Macao, que venían á reclamar al ilustrísimo Díaz, cuando ya era demasiado tarde.

La presencia de Mr. Kleczkowski, secretario de la embajada francesa en China, y de D. Narciso Caneta, cónsul español, dejó por algún tiempo en el alma de los infelices tonkinos vivos sentimientos de gratitud. Todos, sin embargo, lamentaron el fracaso de una tentativa que no revistió la importancia que debía ni tuvo la suficiente duración, y que sólo contribuyó á aumentar el furor de los enemigos del Cristianismo.

Empecemos la historia de aquellos días de memoria triste y gloriosa.

El 9 de Enero de 1858, la populosa villa de Ngoc-Duong vióse de súbito rodeada por cinco mil soldados venidos de las tres provincias de Ha-Noi, Nam-Dinh y Hung-Yen, de manera que á pesar de la mucha ex-



tensión de la villa, rodeábala triple hilera de soldados. Los sitiados, esperando que los pueblos vecinos vendrían á socorrerles, cerraron las puertas de la villa. Los mandarines, al ver la población toda levantarse contra ellos en abierta rebelión, no osaron atacar, y contentáronse arrojando bombas incendiarias. Pronto el incendio extendióse por todas partes, y en tanto los afligidos habitantes procuraban dominarlo, el enemigo logró entrar casi sin resistencia. Indescriptibles son las escenas de horrores que entonces se desarrollaron: el pueblo, mujeres y niños, aprisionados entre el incendio y las armas de los soldados, huían sin dirección fija, locos de terror, lanzando desesperados lamentos: muchos perecieron entre las llamas, otros ahogados en los pantanos. La tropa acuchillaba á cuantos podía alcanzar, y en tanto el fuego avivado por fuerte viento, hacía presa de nuevas casas, hasta formar de todas ellas inmenso montón de ceniza, excepto cinco ó seis pertenecientes á las Religiosas.

El P. Huan, sacerdote indígena, que cuidaba de Ngoc-Duong, fué cogido y decapitado el día 30 de Enero, junto con otros tres cristianos. El P. Pedro Khang fué decapitado el 10 de Febrero, al siguiente día el P. Dat y el día 22 del mismo mes sufrió pena igual que los anteriores el R. P. Hien.

Durante la noche del 7 al 8 de Julio fué aprisionado el Ilmo. Melchor García San Pedro en el pueblo de Kien-Lao, el mismo donde veinte años antes lo había sido el Ilmo. Ignacio Delgado. El día 8 fué trasladado á la capital cargado de pesadas cadenas. Los soldados cogieron también á dos jóvenes criados del Obispo que, por la constancia de su fe, lograron la corona del martirio.

El día 28 de Julio fué el Ilmo. García conducido al suplicio. En las manos llevaba el Breviario, y sobre sus hombros pesadas cadenas; marchaba con creciente pena, y á cada instante caía sobre el inmundo cieno. Rodeábanle veinte soldados desnuda la espada. Formaban el total de la escolta quinientos hombres, dos elefantes, cuatro caballos y el populacho innumerable y soez.

«Extendieron una estera y sobre la estera un paño, cortaron la cadena del prisionero y le obligaron á tenderse de espaldas. El verdugo clavó en la tierra á la altura de las manos, pero á distancia donde aquéllas no podían alcanzar, dos palos, á los cuales las afianzaron tirando con despiadada fuerza de las cuerdas que las ataban.

«Atadas las manos, dice el P. Roy, el verdugo clavó bajo sus brazos otros dos maderos que unió por la parte superior, de manera que aplastaran el pecho.

«Acto seguido clavó otras dos estacas algo distantes de los piés, los cuales sufrieron igual operación que las manos. Y finalmente otras dos en la parte superior de los muslos, que ató de manera igual á las del pecho.

«Entonces oyese una voz que mandaba fueren cortadas primero las piernas, luego los brazos, después la cabeza, y que finalmente abrieran el estómago del condenado.

«Oída la orden, cinco verdugos ocupan los sitios que les corresponden al rededor de aquella especie de cruz que habían preparado. Empuñaban un instrumento pa-

recido á una hacha, cuyo corte estaba sin afilar, para que los tormentos del Mártir fuesen más crueles y de mayor duración.

«Empezaron por las piernas, que cortaron más arriba de la rodilla, siendo precisos diez ó doce golpes para separarlas; contrayéronse los nervios y la piel, y abundante salió la sangre regando la tierra. Igual operación requirieron los brazos, siendo menester seis ó siete hachazos para cortar cada uno de ellos. Entonces y solo entonces fué cuando los labios del confesor cesaron de repetir el dulce Nombre de Jesús... Cortaron la cabeza descargando más de quince golpes. Y finalmente, aquellos monstruos humanos abrieron el vientre con punzante cuchillo, y con un garfio le arrancaron las entrañas.

«Después de tanta crueldad, con la estera y el paño envolvieron tronco, piernas y brazos, y lo arrojaron en profundo hoyo abierto no lejos del lugar del suplicio. Mandarines y verdugos deseaban que los elefantes pasaran encima de él para prensar y pisotear la tierra; pero más compasivos los animales que sus conductores, respetan el lugar que guardaba los restos del Mártir: negáronse á avanzar, y los verdugos debieron renunciar á su deseo.

«La cabeza fué colocada en un cesto, la entraron á la ciudad pasando por la Puerta Meridional, y el día 29 la despedazaron y arrojaron al mar. Colgaron las entrañas en la pared de una casa cercana á la Puerta Oriental.»

## XXII

### *España y Francia en el Anam*

Dolorosa impresión causaron en Europa, y muy particularmente en España y Francia los relatados martirios.

El Ilmo. Pellerin, obispo de Cochinchina, fué á París á exponer al emperador Napoleón III la situación horrible de los católicos del Anam.

España y Francia acordaron marchar juntas á vengar la muerte de sus súbditos, y sostener en la Indo-China la causa de la civilización.

El vice almirante francés Reinaldo de Genouilly, y el coronel español Lantarote, fueron los jefes de la expedición franco-española.

En Manila la marcha de las tropas recordaba los más hermosos tiempos de las cruzadas españolas. El Capitán general de Filipinas mandó leer á las tropas la siguiente *orden del día*, fechada en 1.º de Septiembre de 1858.

«Soldados: parte del ejército y de la marina de Filipinas marcha, junto con la brillante marina y valiente ejército francés, hijos predilectos de la victoria, á una expedición cuyo fin es vengar los insultos hechos á nuestra Religión santa y á nuestros heroicos misioneros en el imperio de Anam, donde pronto flotarán unidas las águilas francesas y la bandera de Castilla.

«Santa es la causa, y la mano de Dios guiará vuestros pasos: gloriosa, y nuestra Reina recogerá feliz vuestros laureles: la dictan el honor y la civilización,



y todo un pueblo os será deudor de la tranquilidad de conciencia. La Reina, vuestros camaradas, que envían la suerte que os favorece, y el general que os dirige la palabra, una sola cosa os exigen: cualquiera que sea la situación á que os conduzcan los acontecimientos, cumplid siempre vuestro deber, y en los momentos en que será probado vuestro valor y fortaleza, que los aliados junto con quienes combatiréis, conozcan sois los hijos del Cid y Hernán Cortés.

«Soldados: ¡viva la Reina!

Fernando DE NOZAGARAY.»

Tan nobles palabras fueron seguidas de religiosas demostraciones que honran á España y á su floreciente colonia Filipinas (1).

Antes de embarcar para Cochinchina, las tropas oyeron Misa en el altar de Nuestra Señora del Rosario en el convento de Santo Domingo.

El P. Francisco Ganiza, dominico, capellán mayor de la expedición y algún tiempo después Obispo de *Nueva Cáceres*, celebró el Santo Sacrificio y dirigió entusiastas frases al ejército.

Dióse comienzo á la campaña, y el 31 de Agosto de 1858 los aliados se apoderaron de Turane, después de algunas horas de bombardeo. Quizás si entonces hubiesen por rápido movimiento de avance llegado hasta Hué, lograrán tomarla, imponer al Rey la voluntad de Francia y España, y dejar las fuerzas necesarias para que se cumpliera.

Pero conociendo poco el país en que luchaban, los usos y costumbres de sus habitantes, el almirante Reinaldo, jefe francés de la expedición, duda, teme y permanece cinco meses inactivo frente Turane.

En vano el Ilmo. Pellerin le suplica marche contra Hué, que fácilmente hubiera conquistado. A las súplicas opuso el Almirante persistente negativa. Se ha dicho que esperaba el auxilio de los cristianos, y partiendo de este supuesto acusan á los misioneros de haber hecho concebir al Emperador falsas esperanzas.

Exageración es de partidos que olvidan los principios y tradiciones de la Iglesia católica, que siempre y por todas partes enseña la obediencia á los soberanos, aun cuando sean perseguidores. Además dicho auxilio era imposible.

¿Cómo los cristianos dispersos entre los pueblos paganos en proporción de uno por cincuenta, y severamente vigilados, podían reunirse y tentar algún movimiento favorable á nuestros compatriotas? Acuchillados murieran todos sin lograr resultado alguno.

Hace algunos años que contestando á igual acusación lanzada desde la tribuna de la Cámara francesa por el diputado Jaureguiberry, el ministro de Marina añadió:

«Se ha dicho que el almirante Reinaldo de Genouilly sufrió al empezar la campaña grandes desengaños; que le habían asegurado que al iniciarse la intervención armada, quinientos mil anamitas empuñarían las armas en favor nuestro. Pues bien, afirmo, yo que años después cooperé á la expedición á Cochinchina, que tal

(1) Inútil creemos advertir que cuando el P. Launay escribía estas líneas España era pacífica posesora del nombrado archipiélago, donde todo era paz y progreso, pues era en él desconocida la Masonería. (N. de la R.).

movimiento nos colocara en apurada situación, pues hubiera sido preciso armar aquellos quinientos mil hombres, y quizás alimentarlos, lo cual no era empresa fácil. Opino, pues, fué muy preferible que los cristianos permanecieran pacíficos en sus respectivos pueblos.»

Otros medios conducentes al logro del fin apetecido podía emplear, los cuales aun hoy no han perdido su valor, y él siempre los rehusó.

El Ilmo. Retord indicóle uno, el principal, el mejor de todos:

«Si desea el Almirante resolver las cosas de manera estable y sólida, gloriosa para Francia y para la Religión, debe conquistar el país en nombre y por cuenta de dicha nación, entronizar un rey cristiano bajo el protectorado francés, y conservar el puerto é islas de Turane.»

A pesar de tan buenos consejos, Reinaldo de Genouilly permaneció inactivo á los límites del Anam.

Su conducta mereció generales censuras. Quizás fuera justo ser más indulgente. Los que hemos visto y vemos todos los días las dificultades inherentes á conquistas lejanas, y lo excepcional de las pacificaciones rápidas, nos sentimos menos inclinados á censurar al Almirante, que con escasas fuerzas y creyéndose mal sostenido por su Gobierno, no osó avanzar al interior.

Cierto es que obrando de otra manera lograba fácil victoria; pero es cierto también que el día siguiente al triunfo hubieran surgido grandes dificultades.

No es mi intento meterme á abogado defensor del almirante Reinaldo; pero he creído justo indicar algunos de los motivos causa de sus dudas.

Desgraciadamente durante ese tiempo la persecución rugía violenta en todo el Anam.

Fué uno de los más terribles períodos de la Iglesia del Tonkín.

Juntóse el patriotismo al odio contra la Religión, y ambos levantaron horrible tempestad. Muchos sacerdotes indígenas seculares y Dominicos, catequistas á cientos y fieles á millares, fueron aprisionados y torturados. Muchos recibieron el martirio, y otros fueron deportados. Saqueados y pasto de las llamas fueron los pueblos cristianos, y regalados á los paganos los bienes de los católicos.

Durante esta tempestad murió de miseria el 22 de Octubre de 1858, en los bosques de Dong-Ban, donde se refugiara, el Ilmo. Retord, vicario apostólico del Tonkín Oriental, cuyo nombre ha venido á ser sinónimo de apostólico heroísmo.

«Era amado de Dios y de los hombres, dice un Obispo español; su muerte causó general dolor á todos los cristianos anamitas. La triste nueva nos causó á todos el más vivo sentimiento. El Ilmo. Hermosilla entristeciéndose muy especialmente. Este Prelado tenía por hijo suyo, pues él lo había consagrado, y llorando repetía: «¡Ha muerto mi padre! ¡He perdido á mi padre!» Es para mí un consuelo después de llorar su muerte pagar un tributo de alabanza á la memoria de un padre, de un amigo y de un compañero de armas en las batallas del Señor.»

«Difícil es imaginar, escribe el Ilmo. Forcada, la inmensa popularidad de que disfrutaba el Ilmo. Retord





AFRICA DEL SUR.—Plaza del mercado en Kimberley

en las Misiones asiáticas: su nombre llenaba el Extremo Oriente: sin distinción de nacionalidad ni de culto veneraban en él el valor heroico, el talento y la virtud.»

Todos recordamos los trabajos llevados á cabo por sus sacerdotes, electrizados con su ejemplo y siempre prontos al martirio; la confianza que en él depositaban todos sus neófitos, los cuales al hallarse en su presencia creían que nada debían temer; la amistad de los más ilustres mandarines, que él poseyó el secreto de saber asociar á las obras cristianas, la admiración de los paganos, que en él saludaban al rey de la Religión.

La persecución continuaba fiera, implacable.

«¡Cielos! escribía el Ilmo. Ochoa, ¿no os admiran estos hechos, y no se conmueven vuestras puertas? y los cuerpos celestes que adornan el espacio ¿por qué no niegan su luz al ver las injurias hechas á su Creador?... ¡Día de la venida del Señor, día grande, cuánto tardas en llegar!!... ¡Padre Eterno, cuándo colocarás todos tus enemigos bajo tus piés!

«En tanto acordaos, Señor, de cuanto nos sucede. *Recordare, Domine, quid accident nobis!* Bañados en lágrimas los ojos repetiremos las palabras del Profeta: ¡Ved el oprobio en que nos hallamos! *Respice opprobrium nostrum!*»

Y desde La-Phu, lugar situado á los límites de la China, y en el cual se había refugiado el coadjutor del Tonkín Oriental Ilmo. Alcázar, decía:

«No queda medio que no ensaye el implacable enemigo de las almas para arrancar la fe del corazón de los anamitas y destruir la Religión en este desgraciado

reino. Y al recordar el triste fin de las Misiones del Japón, profunda melancolía apodérase de nuestra alma, y tememos para el Tonkín desgracia parecida.

«¡El Señor tenga compasión de nosotros! Que la amable é inmaculada Virgen María no permita que pierdan la fe tantas almas rescatadas con la preciosísima sangre de su divino Hijo Jesús.»

Antes de escuchar estas súplicas Dios permitirá nuevos desastres y mayores ruinas.

(Se concluirá).

## LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

V.—CARACTERES INTELECTUALES

Idioma —Nombres y renombres de los negrillos

**D**EBEMOS estudiar parcialmente los caracteres intelectuales, entre los cuales figura en primer término el idioma, «uno de los caracteres más elevados de la especie humana,» dice Mr. de Quatrefages; ocupa un lugar superior.



*Primero:* ¿Tienen los negrillos un lenguaje común? Dispersos hace largos siglos, poco menos que milagro fuera la conservación, y no lo tienen.

Pero muy notable es que, exceptuando los innumerables sobrenombres que reciben ó se dan los diferentes grupos, sea posible encontrar, como hemos visto, una raíz común, á la cual añaden diversos nombres que tienden á reunirlos bajo un nombre común, desde las orillas del Orange á los bosques del Ogowé y á las fuentes del Nilo. Sirvense del monosílabo *ko*, que en egipcio antiguo significa *negro*, y es muy parecido al *khoi* (*hoi*) hotentote que significa hombre, y al busman *khue* (*ku-é*), del cual sirvense para designarse á sí mismos. Modificándose forma *kho*, *khv*, *ku*, *kü*, *kw*, etc., y prefijado ó afijado según la costumbre de las tribus vecinas, fórmanse los diversos nombres conocidos, y con todos los cuales nómbranse los negrillos. Así por ejemplo:

*Khu-ai* ó *khu-é* en las fuentes del Orange (Bushman).

*Nama-ku-a* (1) Sud del Orange.

*A-kw-a* ó *a-kka* (alto Ubangi ó Wellé).

*Be-kü* ó *Ba kü* entre la Fans (Africa Occidental).

*Be-tu-yo* (Mekuk del San Benito).

*Li-ko-ya* (Kombes, Norte de Gabón).

*Ba-kó-a* (Bengas).

*A-kó-a* (Mpongwes del Gabón), etc.

Podemos, pues, deducir que *A-kó-a* equivaldrá á «los hombres,» los verdaderos, los primeros, aquellos que hallándose frente á frente del animal se diferencian inmediatamente de él por el nombre.

El nombre muy extendido con que les designan los bantus, pero con el cual no se nombran ellos mismos—esta distinción es necesaria—de *Wa-twa*, *Ba-twa*, *Ova-twa*, etc., es un nombre cuya significación debe buscarse en la palabra *Ta*, cazar, pasiva: *Twa*. Para las poblaciones vecinas los negrillos son los *cazados*, los *dispersos*, los *errantes*, nombre con que son conocidos en Cunena, Tanganyska, Tana, en línea que cruza de Nor-Este á Sud-Este todo el continente africano. Debo esta interpretación al R. P. Antunés, superior de la Misión de Huilla: y ¡caso singular! vino á confirmarla una nota olvidada que encontré hace breves días en un librito de apuntes. Hablé de esta cuestión en un campamento de bonis, en el bosque de Sokoke. Dije al jefe, mi *filósofo*:

—Os llaman bonis, pero los habitantes de la costa os llaman también *Wa-twa*...

Sonriendo me interrumpió el anciano y dijo:

—Nosotros no somos *Wa-twa*, y tú, amigo mío, no nos llamas así; nosotros somos los *Wa-ta*.

Significado muy distinto es el de estas palabras: la primera (del verbo *Twa*, ser perseguido) significa *los cazados*; la segunda (de la activa *Ta*, cazar, ó del nombre *Uta*, arco, arma de caza) significa *los cazadores* ó *los hombres del arco*.

(1) Los Nama-Ku-a son Bushmen degenerados. (Galtón).

(Continuará).

## VARIEDADES

### El canto de un proscrito

El soldado, el anciano, el sacerdote  
Mendigamos el pan en tierra extraña;  
Y en todas partes, cual tremendo azote,  
La desgracia cruel nos acompaña.

¡De cuántos infelices prisioneros  
Van los despojos, que mató el quebranto,  
En hombros de sus tristes compañeros  
A demandar piedad al campo santo!

¿Será que al golpe de la suerte impía  
Rodemos todos á la enorme fosa  
Sin sentir el calor de un ¡Madre mía!  
Lejos... tan lejos de la patria hermosa?

¡Ay! ¡qué amargo es el pan en el destierro!  
¡Qué cruel es el llanto en el olvido!  
¿No habrá quién rompa el ominoso hierro?  
¿No habrá ya compasión para el vencido?

¿Por qué, elevadas cúspides malayas,  
Señalasteis el rumbo á mi camino?  
¿Por qué habéis dado, encantadoras playas  
Tan abrojososa senda á un peregrino?

¡Oh mar! hirviente mar, que ronco y fiero  
Ensordeces la playa solitaria,  
Oye el triste clamor de un prisionero  
Y del cautivo escucha la plegaria:

Dime si viste de la patria mía  
Las bellas playas y pintadas aves;  
Dime que fué de sus guerreras naves  
Allá en las olas de la mar bravía.

Dime si has visto su valiente escudo  
Estallar en la frente del tirano  
O fuiste acaso, en el combate rudo  
¡Oh mar! la tumba del poder hispano,

Tal vez serán tus ondas procelosas  
Sangre inocente de la guerra impía.  
Llanto quizás de madres y de esposas;  
Tal vez suspiros de la patria mía.

¡Cuándo podré sobre ligera nave  
Romper tu seno de furor henchido  
Y tornar á mi cuna, como el ave  
Tras negra tempestad, al caro nido!

FR. JESÚS DELGADO, *agustino*.

### Amistad verdadera

Yo soñé la amistad, sagrada y pura  
Virgen de amor de celestial belleza,  
Y recliné mi lánguida cabeza  
Gozando de su púbera hermosura.

Pero al buscar en horas de amargura  
El dulce manantial de su ternura,  
En noche de nostalgia y de tristeza  
Lloré en la soledad mi desventura.

Y apurando las heces del veneno,  
¿Dónde está la amistad sobre la tierra?  
Grité, rasgando de dolor mi seno.



Y un blanco Serafín llorando dijo:  
 «Si buscas la amistad, allí se encierra»,  
 Señalándome el santo Crucifijo.  
 FR. JESÚS DELGADO, *agustino*.

## La pareja

Cuento

**A** LAS órdenes de Patricio, hombre de rentas, activo, emprendedor, amo de todo un lugar y que tenía establecido un servicio de carretería entre importante pueblo y la capital de la provincia, ingresó Colás, muchacho libre de quintas, y encargóse de la *negra*, una pareja de bueyes, gordos, de cinco años, y que se distinguían de las demás yuntas por su altura. ¡Cómo apostaban! Bueyes nobles y de mucho poder, llamaban la atención de cuantos los veían: no encontraban cuesta que no venciesen, ni peso que no transportaran. Encarriñóse Colás con tan buenos animales, y en sus aficiones de entusiasta carretero y constante enamorado, no conocía más que dos grandes cosas: la *so* María y la *so* pareja. Era María una rapaza rústica, pero que sabía sentir; sentía de veras, con vehemencia, con salvaje dulzura de corazón de virgen, en sus ordinarias costumbres de muchacha que habitaba en la sierra dedicada á rudas faenas, en tierras poco laborables. Veíanse los rapaces una sola vez á la semana. Costumbre en el pueblo la visita de los sábados, disponíase Colás, después de descargar el carro, desuncir y cebar el ganado, á charlar con la moza: lo grosero de sus aptitudes y aficiones en la vida de carretero, trocábase en pueril sentimentalismo, en las dulces afecciones del amor único...

Pero existía un obstáculo para la continuación de aquellos amores: Manuel de la Sierra, padre de María, oponíase al matrimonio. «Mis hijas, decía, tienen su legítima, y quienes las lleven han de aportar al matrimonio alguna cosa...» ¡Pobre Colás! ¡Sin un pié de terreno, sin oficio, sin ascendientes... ni colaterales de quienes pudiera heredar!... María bien lo conocía. «Pero, pensaba, cederá mi padre.» Oponíase el *tío* Manuel por tesón, por orgullo, por tradición y *espíritu de clase*, á imitación de aquellos señores antiguos que no querían cruzar su sangre con la plebe.

Patricio hallábase muy satisfecho del comportamiento de Colás. Cebaba bien, cargaba lo regular, engrasaba con frecuencia el carro, limpiaba á menudo *les mullies*, trataba el ganado con cariño, y en las subidas, caminaba despacio, parándose de trecho en trecho y forrando las ruedas cuando la pendiente lo exigía; á las bajadas tomaba precauciones, apretaba las galgas, dirigía una rueda al pasillo y otra sobre la piedra de la carretera para que hiciese más freno. Cuando le sorprendía un temporal en el repecho de la Cuesta ó en el terreno movedizo de la Llosa, sufría por *su* pareja. Cubría los bueyes con mantas, esperaba que se disipase del cielo la brumazón que lo ocultaba, y, calado hasta los huesos, tapándose con un saco cuando el carro estaba desprovisto de toldo, emprendía al fin la marcha si la cerrazón no desaparecía. Caminaba al lado del carro donde no le fustigara la tormenta. Contemplando el ganado, con

la guiada debajo de un brazo y las manos en los bolsillos del pantalón, interrumpía la monotonía que le causaba el andar pesado de los bueyes y la tristeza del día, con populares canciones de dulce sabor asturiano, entonaba con cadencioso són la copla:

Dicen los carromateros  
 cuando van al puerto arriba,  
*Pelegrina, güesque, güesque,*  
*güesque, güesque, Pelegrina.*

terminando con un ¡jujú! ó con los consabidos ¡á güe! ¡tordo! ¡arribáaa!

Dicen los carromateros, repetía y observaba como su voz repercutía allá lejos, muy lejos, como si en la prolongación de aquel eco, ó en el singular ritmo de la poética canción tratara de reconcentrar su espíritu hacia la pasión que experimentaba su alma enamorada.

Llamó en cierta ocasión Patricio á Colás y díjole: «Ya sé que estás en relaciones con la hija del *tío* Manuel, mi compadre, quien se opone á que se case la rapaza. Ella está llamada á tener buena dote, pues no ignoras que Manuel de la Sierra es hombre de dinero. El motivo de oponerse á la boda es tu pobreza y tu calidad de simple criado. Ahora escucha: ahí está el carro, que vale mil reales, y la pareja, que costó dos mil ocho... Tú tienes en mi poder unos ahorros que, con pocas soldadas más, te harán dueño de los semovientes y del mueble. Si á eso sumas los *terrones* que á María le anticipen á cuenta de la legítima, vivireis como unos príncipes. Con que, desde ahora mismo eres amo y dueño.»

A media noche de crudo invierno subía Colás por angosto camino de tierra montañosa, para bajar después á la carretera y dirigirse á la capital de la provincia. Regresaba de una cantera; el peso era excesivo para la distancia larga que debía recorrer. Colás ayudaba en los momentos difíciles; echaba mano á las ruedas en los trances duros á que el fangoso y resbaladizo camino le condenaba, por la imposible construcción de otras vías en terreno tan abrupto; contribuía á que no *encallara* el carro cuando los bueyes fatigados comenzaban á flaquear. Y sudaba el carretero á pesar del intenso frío; enronqueció por las fuertes voces que profería para animar á la pareja. «¡A güe, tordo! ¡arriba!...» Conocía él que apenas podían: pero no había más remedio, había que *arrancar*, era tarde; y la helada le haría mucho daño, precisaba hacer movimiento, desarrollar calor, actividad. «Esta maldita *caleya*, murmuraba entre el *jarre!* y el ¡á güe! mata el *ganao*.» El repecho era fuerte. Hacíase necesario subirlo de prisa, sin detenerse, azuzando sin cesar á los bueyes. Existía un peligro. Por aquello de que *no hay subida sin bajada*, desde el punto más alto observábase corta y rápida inclinación, donde era preciso contener, para evitar, en el sitio que comunicaba con la carretera, el despeñarse en profundo precipicio; había que tomar la entrada con precisión, media vuelta con exactitud. Apretó el carretero las galgas hasta que echaban fuego: púsose Colás á la derecha y, cogido al cajón, procuraba contener: deslizábase el carro de tal manera, que la pareja era impotente para resistir. En el momento difícil, al girar en semicírculo para tomar la carretera, resbaló el ganado, y, no encon-



trando obstáculo que lo detuviera, por entre unas paredillas, en el punto denominado Entrepeñas, fueron á dar bueyes y carro á la profundidad del abismo... ¡sesenta metros de altura de la carretera al río...!

—¡*Probe* pareja! ¡Adiós, carro! ¡Ya lo perdí todo: *gües*, carro, María!... ¡No habrá boda! ¡*Probe* Colás! ¡Que va á ser de ti! exclamó el carrero conservando la *guía* como único resto de su hacienda en la vida de caminante.

La luz escasa de nebulosa alba impedíale ver todos los detalles. Contempló largo rato el fatal sitio, oyendo débiles mugidos con que los nobles animales parecían

María y quedó concertada la boda. María, viendo que el muchacho no iba por casa dirigióle una esquila, en la que le decía: «Mi padre es consentidor de que nos casemos; proclamaremos el domingo; prepara los papeles. Llégate por aquí y quita *les penes* del alma.—María.»

Fué Colás á verla y entablaron el siguiente diálogo:

—¡Mira que desde que se te desgraciaron los *gües* apenas te vi por aquí!... Eso fué faltarme, Colás.

—¿Qué quisieras que hiciera? Tengo cariño á los animales.

—Esas son disculpas. Triste y de mal humor, da pe-



NATAL (Africa del Sur).—Una calle de Durban

protestar del fin que les estuvo guardado. Lloró Colás; pero lloró por lástima, por cariño á sus compañeros de trabajo. Tuvo remordimientos. «Si en vez, decía, de hostigar á los animales, hubiese esperado la mañana, ¡quién sabe! tal vez no hubieran tenido tan terrible fin. ¡*Probes* tordos! ¡Ya no pasaré con vosotros por estas soledades! no volveréis á oírme cuando entre triste y alegre entonaba agradables cánticos á la memoria de la que... ya no será mi mujer!... ¡Todo acabó: amor, propiedad, boda...» Y echó á andar volviendo la cabeza y deteniéndose á menudo. Llegó á casa y animóle Patricio. Pasaron unas semanas, y Colás ocupado en las labores del campo al lado de otros jornaleros que trabajaban para su amo, extrañaba el cambio de vida. Volvióse triston y malhumorado. Los días libres solía ir al sitio de la catástrofe; sentía nostalgia que le impulsaba á contemplarlo de cerca y recordar sentidas impresiones de su antigua vida de carretero: sentábase y pasaba las horas *muertas* mirando el *cementerio*, así lo llamaba, buscando restos de los *cadáveres*, ó residuos del carro que le sirvieran de eterno recuerdo y dulce compañía en los amargos días que le esperaban, por la supuesta negación de Manuel de la Sierra á entregarle la rapaza.

Sin enterarse Colás, Patricio estuvo con el padre de

na verte. ¡El diablo del rapaz! ¡No parece sino que la pareja podía compararse á mí!

—Es que, al perder la pareja, creí perderte á ti. ¡Tu padre es tan interesado...

—Tengo mi legítima, pero...

—Sí, pero... no es manzana.

—Déjate de *mozigangues*, que, con esa cara, pónesme de mal humor. ¿Quién valdrá más, los tordos ó yo? ¿Es que ya no me tienes cariño? Volvístete oscuro, raro, ¡qué sé yo!...

—El trance fué fatal. Eran unos bueyes... tan grandes, tan nobles, tan negros, tan...

—Pareja por pareja, cargas conmigo y verás qué bien arrastro... el carro del matrimonio. ¿Qué? ¿No me quieres? Habla, hombre, habla.

—Quiérote á ti, á tu padre, á tu madre, á tus hermanas: quiéroos mucho; pero, la pareja... ¡ay! la pareja... no la *pueo* olvidar.

Casáronse á los quince días, y hoy tiene Colás por pareja... á la hija de Manuel de la Sierra, y suele, cuando la mujer le riñe, cantar la repetida copla:

Dicen los carromateros.

CÉSAR GONZÁLEZ.



# EL CRUZADO

*Leyenda*

POR FRANCISCO HERNANDO

(Conclusión)

—¿Podré verle?

—En seguida; como que no está en el claustro, sino en la mejor habitación de la hospedería. Veréis cómo ha cambiado; ahora parece otro. Esta mañana ha recibido el santo Viático con tal fervor y tantas lágrimas de ternura, que á todos nos ha conmovido.

—¡Bendito sea Dios, que tales milagros hacel dijo la Baronesa; y precedida del Abad entró en la habitación donde se encontraba el Conde. Al verle quedóse sorprendida del cambio que notó en su rostro, porque habían desaparecido los rasgos de dureza que antes le afeaban, para dar lugar á una expresión tan dulce y suave que le transfiguraba por completo. Era que el cambio ocurrido en su alma reflejábanse en la cara como en un espejo, á pesar de las huellas que los dolores de sus heridas dejaban también impresas.

Inés no se atrevió á hablar, pero el Conde rompió el silencio, diciendo:

—Gracias, Señora, gracias, os esperaba para pedir os perdón del mal que á vos y á los vuestros he hecho. ¿Me lo concedéis?

—¡Oh, sí! con toda mi alma, dijo Inés.

—Que entren mis servidores, añadió el Conde.

Todos entraron, y al verlos reunidos, hizo que le incorporasen un poco sobre su lecho, y con voz pausada y grave, dijo:

—Señora, por mi ambición y venganza habéis perdido un hijo y vuestros bienes. Dios me ha castigado quitándome el hijo á quien destinaba esos bienes, y el otro que me quedaba ha muerto en brazos de vuestro marido.

Inés se quedó sorprendida al oír esto, que no sabía, pero mayor fué su asombro al ver que el Conde continuaba diciendo:

—Sois jóvenes y podréis tener otros hijos: yo también quiero tener uno antes de morir, y adopto como tal al barón de Beaumont, que ha

sido un hermano para mi hijo y un padre para mis vasallos; le dejo mi título y todos mis bienes, para que haga de ellos lo que más le plazca; y á vos, señora, os ruego cumpláis los legados piadosos que veréis en mi testamento y los que á mis vasallos se refieren.

—Sí haré, murmuró la Baronesa, casi sin darse cuenta de lo que decía.

—Pues bien, hija mía, añadió el Conde, quiero que aquí me entierren, ya que aquí he encontrado la vida del alma, y que mandéis construir una capilla para perpetua memoria del suceso. Ahora dadme á besar vuestra mano en señal del perdón que me concedéis, y dejadme morir en paz.

Y como si en efecto los esfuerzos que para hablar hacía hubiesen acabado con las fuerzas del Conde, cayó sobre sus almohadones y perdió el uso de la palabra. El Abad se apresuró á poner ante su vista un Crucifijo, y clavando en él los ojos con gran ternura, indicó con su mirada que su último pensamiento era para Jesús. Administrósele en seguida la Extremaunción sin que perdiera el conocimiento, y entró en la agonía, que duró tres horas, durante las cuales permanecieron orando la Baronesa, el Abad, algunos monjes y casi todos los vasallos de Thiery que habían también acudido. Al cabo de ellas el Conde dirigió á todos una mirada cariñosa como de despedida, y fijando los ojos en el Crucifijo exhaló el último suspiro.





## XIV



Algunos días después se encaminó la Baronesa á su antiguo castillo de Beaumont, cuyas ennegrecidas paredes le recordaban tiempos felices.

Al acercarse á él una pena terrible embargó su corazón: allí había nacido su hijo y allí le había perdido. Cuanto más se aproximaba al castillo, más vivo, más punzante se le presentaba tan doloroso recuerdo; y sin embargo precipitaba el paso á su caballo como si quisiera llegar antes, y registrar todos los rincones á ver si en alguno encontraba algún indicio que le revelara la suerte de su hijo. Ya estaba la comitiva á cien pasos de la puerta principal, cuando Inés dió un grito agudo, y lanzando á escape su caballo, exclamó: «¡Hijo mío! ¡hijo mío!»

En medio de la puerta había visto una mujer con un niño en brazos, y en aquel niño reconoció Inés á su perdido hijo.

Dícese que la alegría inesperada mata lo mismo que la pena; pero Inés, á pesar de la violenta emoción que sintió al encontrar fuerte, sano y hermoso al hijo á quien tanto tiempo llorara, no murió. Lo que hizo fué saltar de su caballo al llegar á la puerta; coger, mejor diremos, arrebatar el niño á la mujer que lo tenía, y sin mirarla ni darle gracias estrecharle entre sus brazos, besarle con efusión y prorrumpir en gritos de júbilo y sollozos, en exclamaciones de sorpresa y de ternura, y en acciones de gracias á Dios que tan inmenso favor le concedía.

Al cabo de un largo rato en que permaneció como embebida en la contemplación de su hijo, miró á su alrededor, y entonces viendo por primera vez á Juana, la nodriza, que era la que tenía al niño, la preguntó: «¿Cómo le salvastes?»

—Cuando aquellos bandidos pegaron fuego á las habitaciones de la señora, cogí al niño con la ropa y alhajas que pude, y eché á correr hacia donde estabais, mas al ir á pasar por un cuarto oí en el inmediato ruido de voces y de espadas, y temiendo que me encontraran y mataran al niño, retrocedí. Pasé entonces por otra habitación llena de muertos, en la que á la luz de una antorcha vi al pobre Luis tendido, con quien hacía poco había estado hablando: tomando entonces por el corredor llegué á la escalerilla de la poterna. No oyendo ruido ninguno me decidí á bajarla, pero mi pie tropezó con un cuerpo echado ante la escalera, y caí. Afortunadamente ni el niño ni yo nos hicimos daño; pasé aquel obstáculo, y bajando á tientas llegué á la poterna, que encontré abierta, y salí al campo. «¡Que nos cojan ahora!» exclamé para mis adentros al verme en salvo; y en seguida eché á andar todo lo deprisa que pude á casa de mi hermano Antón, dos horas distante del castillo. A todo esto Juanito, que hasta entonces había estado

silencioso, empezó á llorar de miedo y á decirme: «¿Dónde me llevas? ¡quiero ver á mi madre!» Gran trabajo me costó hacerle callar; pero por fin, diciéndole que unos malos hombres querían matarle, y que si gritaba le matarían, se calló y siguió andando, porque yo, cansada ya, no podía llevarle más tiempo en brazos. Al fin llegamos á casa de mi hermano sin que nadie nos viera; le conté lo ocurrido, y le mandé que por



nada del mundo dijera á nadie que teníamos al niño, ni siquiera que me había visto.

Gracias á esto, cuando á los pocos días vinieron los de Thiery pregonando que darían gran recompensa al que descubriera el paradero del niño, nada pudieron saber. Y precisamente al ver el interés que tenían en averiguarlo, para matarle sin duda ninguna, lo puse yo mayor en ocultarlo, tanto que ni siquiera se lo dije al señor Abad, como al principio pensé.

—Y por eso yo no he sabido nada de mi hijo, exclamó la Baronesa, y le he creído muerto tanto tiempo.

—Como yo os creía, señora, porque por el país se dijo que habíais muerto en el castillo.

—Prosigue tu historia, Juana.

—Nada más tengo que contar: hemos pasado estos cuatro meses sin más trabajo que el de no salir de la habitación, hasta que ayer mi hermano, que tuvo que ir al pueblo, supo que el Conde había muerto, que vos habíais resucitado, esto es, salido de la prisión en que estabais, y que hoy volvíais á Beaumont. Entonces dije: Mañana la esperaré en la puerta con su hijo, y ya veréis qué sorpresa se lleva.

—En efecto, dijo dulcemente Inés, por poco me cuesta la vida, porque al reconocer á mi hijo sentí que toda mi sangre se me subía á la cabeza. Figuréme que era su imagen, que el dolor me presentaba, y me creí víctima de un engaño hasta que le cogí en mis brazos, y le apreté contra mi seno. ¡Ay, hijo mío, añadió la Baronesa, bien puedes decir que has nacido dos veces para tu madre! y cogiéndole de la mano entró con él en el castillo, pues naturalmente ni se había acordado hasta entonces de pasar del umbral.

Inés volvió á ser feliz, es decir, volvió al estado en que se encontraba antes del asalto del castillo; contenta con sus hijos, pero apesadumbrada por la falta de noticias del Barón.

Quince días llevaba en él cuando fué á visitarla el Abad de Cleard.





—¿Qué tal vamos, la preguntó, en la nueva casa?

—Muy bien, señor Abad, tan bien que no echo de menos nada.

—Excepto, por supuesto, al señor Barón, replicó cariñosamente el anciano.

—Es claro; pero como ya va á hacer cuatro años que no le veo, pienso que no debe tardar, y le espero por momentos, sobre todo desde que con la toma de Jerusalén ha concluido la Cruzada.

—No tan concluido, señora; que después, según mis noticias, fuerzas mahometanas venidas del Africa trataban de recuperarla.

—¡Jesús! ¿todavía más batallas? exclamó la Baronesa.

—Preciso es después de conquistar, asegurar lo ganado; pero esto ya no os debe alarmar, porque Dios, que ha sacado de tantas al Barón, le sacará con bien de la última.

—¿Y creéis que venga en seguida que termine la guerra?

—Así se lo escribí por medio de Luis de Armac, quien supongo llegaría á verle antes de la toma de Jerusalén.

—¡De Luis, decís! ¿pues no murió en el asalto?

—Dios, Baronesa, le salvó, sin duda para mayores cosas.

—¡Cuánto me alegro! ¿Y decís que debió llegar antes del 15 de Julio?

—Creo que sí, contestó el Abad.

—Según eso, ¿creéis que puede estar de vuelta mi marido?

—Y que podéis verle dentro de unos días, quizás de algunas horas.

Al oír estas palabras Inés se levantó instintivamente, corrió á la ventana, dirigió una mirada al camino que á los piés del castillo se extendía, y volvió á sentarse al lado del Abad.

—¡Qué! ¿no habéis visto al Barón? dijo el anciano cariñosamente.

—Sólo he visto dos pobres mendigos que se acercaban al castillo á pedir un poco de pan.

—No dudo que serán tan bien recibidos como todos, porque ya sé que si antes erais caritativa, ahora lo sois mucho más.

—Como que tengo más favores que agradecer á Dios, y además el encargo del conde Thierry, que esté en gloria, de hacer bien por su alma.

—Comisión que desempeñáis á las mil maravillas.

En aquel momento abrióse violentamente la puerta y el pequeño Juan entró gritando:

—¡Madre, madre, he visto subir dos peregrinos por la cuesta del castillo, y uno de ellos es mi amigo Luis! Le he conocido á pesar de su sombrero y de las conchas que lleva. ¿No decías que había muerto?

Comprendió la Baronesa que el niño se refería á Luis de Armac, y se asomó á la ventana; pero ya los peregrinos habían entrado en el portal y no pudo verlos. Juanito salió corriendo á su encuentro, y tras él la Baronesa y el Abad salieron, diciendo éste: «Ahora sí que vais á tener noticias del Barón.» Y en efecto, antes de llegar á la escalera oyó Inés exclamaciones, sollozos, gritos de júbilo y un «¡Viva el Barón!» que la hizo estremecer de arriba abajo. Trémula, sin



atreverse á dar crédito á sus oídos, siguió andando hacia donde venían los rumores, cuando distintamente hirió su alma la voz de Beaumont que decía: «¡Hijo mío! ¡hijo mío!» Entonces sí que necesitó apoyarse en el Abad para no caer desfallecida; mas aun así y todo pudo mirar por la escalera, y vió en ella á su marido vestido de peregrino, besando y abrazando á su hijo.

Imposible es describir la escena que siguió después; así que sólo diremos que al cabo de un largo rato, sentados ya todos en la habitación de la Baronesa, teniendo el Barón á su hijo sobre una rodilla y á su hija sobre la otra, exclamó:

—No ha sido vana mi confianza en Dios. Al partir os dejé á El encomendados, y he aquí que al volver os encuentro sanos, contentos y buenos. Bendito sea Dios, que así cuida de los suyos. Y tú, pobre Inés, que tanto afán tenías de padecer, mira cómo has padecido más que yo. Tú me has creído muerto, has creído muerto á tu hijo, te has visto privada de libertad y de todo humano socorro, y con la divina gracia estás libre y has vuelto á encontrar lo que creías perdido.

—Así es, dijo Inés, pero tú también has sentido las mismas penas.

—Sólo que yo precisamente recibí la noticia al acabar de adorar por primera vez el Santo Sepulcro, y acordándome de lo que Nuestro Señor Jesucristo pasó por mí, le ofrecí en el acto mis sufrimientos, con lo que quedé grandemente consolado.

—¿Y pensabas que no volverías á verme?

—Conforme en todo con la divina voluntad, me resigné á la idea de no vernos en este mundo, pero en el fondo de mi corazón una voz interior me decía que tuviera confianza, que Dios todo lo remediaría y me daría el consuelo de encontrarlos.

—Y ya veis que bien lo ha hecho, exclamó el Abad, que hasta entonces permaneció silencioso. Os ha devuelto lo que creíais perdido, ha hecho que el mismo que destruyó vuestro castillo lo reedifique, y á cambio de las pérdidas que habéis sufrido os ha aumentado vuestros bienes temporales.

—¿Cómo, también eso? dijo el Barón, sin saber á qué podía referirse el Abad.

—También de eso ha cuidado Dios, inspirando al conde de Thierry la idea de adoptaros por hijo, y dejaros su título y sus bienes.

—No parece sino que leía en el porvenir el buen Augusto, exclamó el Barón al oír la noticia que le daban, y al recordar la frase de éste al encomendarle á sus vasallos: «Tratadles como si fuerais el conde de Thierry.»

—¿De modo que no sabíais nada de lo ocurrido? preguntó el Abad.

Absolutamente nada más que lo que Luis con vuestra carta me dijeron. Embarquéme con tales noticias después de lo de Jaffa; desembarqué en Marsella hace diez días; pregunté por la gente de este país que allí hubiera, y nadie me dió razón de nada. Dejé á mis soldados para que vinieran después, y adelantéme con Luis y dos escuderos para llegar aquí cuanto antes. Ayer, próximos á entrar en el territorio de Thierry, dejamos Luis y yo los caballos, y tomamos el disfraz de peregrinos para no ser conocidos y



poder acercarnos á todas partes. Mi primera idea fué ir á la abadía, pero sentí tan violento impulso de ver lo que ocurría en Beaumont, que torciendo el camino nos encaminamos aquí. Pasamos la noche en un bosque, y esta mañana encontramos á una mujer en el camino.

—¿Qué hay por Beaumont? preguntó Luis.

—Lo que hay es una señora que recibe á los peregrinos tan bien que no tendréis más que pedir.

—¿Qué señora es esa? tornó á preguntar Luis.

—Toma, ¿qué señora ha de ser? contestó la interpelada; la mujer del barón de Beaumont, que está allá por Tierra Santa.

—¿Y tiene hijos? dije sin poderme contener.

—Dos más hermosos que dos soles.

Tentado estuve al oír esto de abrazar á aquella mujer, pero me contuve, y apresurando el paso nos encaminamos al castillo. Sabía que vivían mis hijos, que vivías tú, y esto me bastaba. Pensábamos haber pedido hospitalidad sin darnos á conocer, cuando el niño empezó á llamar á Luis, y en la misma puerta nos descubrieron.

—¡Y yo que os vi venir por el camino sin conocerlos! exclamó la Baronesa. Mas ¿quién iba á pensar que vinierais de esta manera?

—El resultado es, dijo el Abad, que estáis juntos después de tan largos años de ausencia. Dios os bendiga, hijos míos, y os dé su santa gloria por los trabajos que habéis pasado.

Por más instancias que los Barones hicieron al Abad para que se quedara, no lo pudieron conseguir; pero en cambio les prometió que vol-



vería el día que llegaran los soldados que venían de Tierra Santa, para darles su bendición.

En efecto, diez días después, en el patio del mismo castillo de donde salieron, juntáronse hasta unos trescientos hombres que de Jerusalén venían. Los otros ó habían quedado allí ó habían muerto; mas los que vinieron traían el estandarte de Beaumont, roto, manchado de sangre en mil partes, pero cubierto de laureles.

Lloraba Inés al verlo, lloraba al ver los curtidors rostros y las cicatrices de los soldados, pero sobre todo lloraba de alegría al ver las demostraciones de afecto que todos prodigaban á Beaumont, y los elogios que de su bravura y generosidad hacían.

Celebró el Abad delante de todos el santo Sacrificio de la Misa en acción de gracias por el feliz regreso de los vivos y en sufragio de los difuntos, y al terminar les pronunció uno de aquellos elocuentes discursos que sabía.

Y después cada uno se fué á su casa á contar los sucesos de la Cruzada y á llevar las reliquias que tenía, pues ni uno solo de los soldados se olvidó de traer de allí los objetos de piedad que pudo recoger en el viaje.

Los barones de Beaumont vivieron en paz y en gracia de Dios durante largos años, y tuvieron otros tantos hijos, que les educaron en los cristianos sentimientos que les distinguían.

Los dos mayores fueron á la segunda Cruzada acompañados del caballero Luis de Armac, quien les sirvió de guía y tutor, hasta que murió gloriosamente en el sitio de Damasco.

### SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona...	6	ptas.
L. M. S., de Cassá de la Selva...	7	50 »
Francisco Aguirre, de Irún...	7	»

### NUEVAS Y HERMOSAS ESTAMPAS

á 3 pesetas ciento y 25 el millar

La Inmaculada Concepción. — Reproducción exacta del célebre cuadro de Murillo.

Nuestra Señora del Carmen. — Reproducción de artística y devota estatua original de distinguido escultor.

El Sagrado Corazón de Jesús. — Piadosa imagen llena de amor y majestad.

Todas impresas en papel mate y filete dorado. Franco de portes. Si se desea paquete certificado remítanse 25 céntos.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona

### MÁQUINAS PARA COSER

y hacer calceta

Marca «ESTRELLA»

las más superiores

FRANCISCO FORTUNY

Hospital, 410 y 412, Barcelona

CASA FUNDADA EN 1850



ANTIGUA FABRICA DE TEJIDOS

Y TALLER DE BORDADOS

PARA

ORNAMENTOS DE IGLESIA

HIJOS DE MIGUEL GUSI

DESPACHO: CALL, N.º 6. — BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas clases — Casullas bordadas en oro y sedas.

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar. — Cingulos, Fiadores, Borlas y Flecós en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar, Merinos, Casimires, Anascotes, Estameñas para trajes talares, Cálices, Custodias, Candelabros y demás artículos de metal en todas sus calidades, Imágenes de talla en todas clases.

### INCIENSO

AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN  
PARA LA IGLESIA,

DEL DR. SASTRE Y MARQUÉS

Aprobado en el Congreso  
católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de 1/2 y 1 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones

Vino de ostras del DR. SASTRE y MARQUÉS. Recetado por los más eminentes médicos contra la anemia, enfermedades nerviosas, de estómago y debilidad general.

Esencia febrífuga del DR. SASTRE y MARQUÉS. Excelente remedio contra toda clase de calenturas intermitentes.

Dr. Sastre y Marqués  
Hospital, 109. — Barcelona

## SOLUCIÓN

de Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA: FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

Ayuntamiento de Madrid

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona